

Cervantes, el médico que no fue

J. A. Rosell

Sólo le falta tiempo a quien no sabe emplearlo; y lo malgasta quien no sabe lo que busca.

I. Presentación

Sin pretender ser original al opinar sobre un tema tan estudiado como, «*El Ingenioso Hidalgo Cervantes*» (así me gustaría definirlo), sí desearía sugerir mi criterio, que en muchos aspectos coincide con el de otros autores, sobre todo con el profesor Reverte Coma, gran antropólogo, maestro de muchos de nosotros, discípulo de Marañón y colaborador de

Cervantes, lector formidable desde su infancia y juventud, se instruyó en los clásicos griegos y latinos, en los literatos, médicos y humanistas de su época, hecho que impactaría en su conocimiento facilitándole las enseñanzas medico-terapéuticas del momento. Es posible, que también conociese el ambiente charlatán y curandero pero no compartió sus ritos.

Vivió las etapas difíciles del movimiento científico de los siglos XVI y principios del XVII; época en la que la medicina era muy rutinaria en nuestro país teniendo que importar las nuevas ideas del extranjero; enseñanzas que se impartían sobre todo en las universidades de Alcalá, Salamanca, Sevilla y Valladolid.

Su azarosa vida, los fracasos domésticos y profesionales junto a sus enfermedades, le llevó a un final desafortunado e infeliz.

Si nos hacemos preguntas sobre su preparación médico-intelectual, las respuestas se encuentran en los pasajes de su obra. Cervantes fue un moralista, un analista del personaje como conspicuo psicólogo, un sentimental que trató de exponer lo que intuía de su esencia; sobre todo se mostró como un humanista: fue un quijote.

nuestro siempre recordado profesor Laín Entralgo. Con gran reserva, trataré primero de justificar el título de esta pequeña contribución, aún sabiendo los posibles errores que puede entrañar; segundo para cumplir con un deseo, al menos teóricamente, como es el de brindar reconocimiento a un hombre que supo tomar en consideración cuanto veía en una sociedad caduca, ignorante, escabrosa, cuya

Palabras clave: Cervantes y la Medicina.

Fecha de recepción: Diciembre 2005.

Seminario Médico

Año 2006. Volumen 58, N.º 1. Págs. 13-58

tosquedad la hacía caer en el curanderismo.

En ambiente coloquial se suele hablar de «quijotesco», incluso «quijotada» como definición de una forma de ser, un modo de actuar, una particular personalidad; es por tanto una original actitud que valora y admite un particular pundonor. La quijotada, «quid ridiculum», por tanto, es la acción propia de un quijote según nuestro diccionario.

II. Notas biográficas

Nacimiento e infancia

Según se indica en Espasa Calpe, el apellido Cervantes procede del castillo de San Cervantes, Toledo, nombre debido al mártir San Servando; y que nuestro personaje (de origen gallego) debió nacer el 29 de septiembre de 1547, en la entonces importante ciudad de Alcalá de Henares, para diez días después ser bautizado. Su bisabuelo, Ruy Díaz de Cervantes (pañero), procuró que su hijo Juan se licenciara en Derecho (personaje conocido por la Inquisición); esto facilitaría que la familia mejorase socialmente aunque apenas consiguiera el preciso acomodo; probablemente en esta conveniente tranquilidad también influyese su abuelo materno, que fue magistrado.

El hecho de ser descendiente de conversos, según se creía —probablemente sefardí— (1), impulsaría a su abue-



Luis de Madrazo, 1859.

lo y resto familiar a cambiar frecuentemente de ciudad. También intervino el estilo particular del padre, hombre de carácter triste y retraído obligado a seguir una vida errante e itinerante (siempre en precaria situación financiera), debió forzar a su madre a vender el único sirviente negro que le quedaba.

Fue el cuarto hijo de Rodrigo Cervantes (cirujano sangrador) (2), en cuya ascendencia la medicina era una profesión típica. O, como señala Astrana Marín, «...*curandero y médico de Universidad, con sus ribetes de barbero y sangrador...*». Su madre, Leonor de Cortinas (el Saavedra, se-

(1) ¿Quién no tendría cierta mezcla de razas en esa época?

(2) Apodado «el Sordo» por un defecto de nacimiento, oficio relacionado con ciertas formas de curar pero no con el diagnóstico. La sordera le impidió ser médico, pero no practicante o platicante; a medio camino entre sangrador y barbero: «médico zirujano» (Trapiello).

gundo apellido de Miguel, vendría después). Sus hermanos fueron Andrés (fallecido joven), Luisa (religiosa), Rodrigo, Andrea, Magdalena y Juan.

Respecto a su juventud, en 1556, los Cervantes se instalan en Córdoba y dos años más tarde en Cabra donde estarían cinco años (3). Aquí pasaría de muchacho a adolescente; y a los 16 años lo situamos en Sevilla tomando contacto con sus maestros. Algunos biógrafos lo imaginan tímido, algo retraído, incluso con tartamudeo en ocasiones. En la pubertad, ese carácter tímido debió desaparecer pues a los 14 años tuvo la primera relación sexual con una bella prostituta andaluza, lo cual despertaría en él su posterior obsesión por el sexo opuesto (contrario a lo que se especulaba sobre la homosexualidad; que algunos han querido ver tras su cautiverio en Argel). Después se trasladó la familia a Madrid (posiblemente para salvar el honor familiar: Andrea había dado a luz a Constanza); Miguel contaba 19 años.

Según Forns: *«Cervantes fue de ingenio despejado, observador, estudioso, aficionado a la lectura hasta leer los papeles rotos que encontraba por las calles... desde sus tiernos años, amante de la poesía»*.

Esa etapa madrileña, como indica Fernández Álvarez, acaso soñara con ser un nuevo Garcilaso. No obstante poco se sabe de su juventud, y la historia está sujeta a controversias con algunas hipótesis noveladas. Pudo ser cirujano barbero como su padre, in-

cluso podría haber sido médico, pero prefirió, por suerte para la humanidad, ser literato por antonomasia.

Algunos suponen que en bastantes ocasiones debió ayudar a su padre a abrir abscesos, a preparar pócimas utilizando la mandrágora y otros elementos; y a hacer sangrías, abrir lesiones infectadas y supurativas; tal vez colocara sanguijuelas, o bien cooperara a la fulguración de las fístulas y a tratar las hemorroides; como otros menesteres propios de la profesión paterna. Pero su padre, hombre poco afortunado, con carestía de verdaderos amigos (aunque sí gustaba de las mujeres; genes que posiblemente heredara nuestro protagonista), tampoco insistió demasiado en conocer la vocación de Miguel. Tenía una máxima: *«el vino en cantidades moderadas, alegra el ojo, limpia el diente y sana el vientre»*. Miguel, en una ocasión, demostró tener grandes arresos, hecho que provocó un conflicto y pudo costarle la amputación de la mano derecha, castigo que se asignaba a los que obraran con arma blanca.

Se conoce poco de sus hábitos de esa época: al parecer fue bebedor discreto; y según declaraciones personales, fumó en una sola ocasión hecho que le produjo un *«mareo cien veces mayor que el de la navegación»*.

A los 21 años (1568), presentaba una morfología de talla mediana (1,65 m, normal para esa época), musculatura fibrosa, barba cerrada y recortada en perilla de color rubio ceniciento, bigote solemne con puntas engomadas, ojos alegres bajo cejas suaves de

(3) Este año moría en Yuste Carlos V.



color castaño rojizo. La frente era lisa y la nariz aguileña de aspecto hebreo; la boca pequeña de labios finos. Los dientes blancos, pero desiguales con cierta malposición; y algo cargado de espaldas. Más adelante se describiría así mismo (página 25).

Nuestro hombre siempre recordó a su maestro López de Hoyos, estimable autor que le inculcó la afición a la lectura, en especial sobre los clásicos (Virgilio, Tucídides, Homero, Horacio, etc.); también Nebrija (1444-1522), Erasmo de Rotterdam (1466-1536), entre otros. Además de las frecuentes conversaciones con un amigo de su padre, Luis Collado (4) de Alcalá, y Pedro Enríquez, médico de cámara de Felipe II. Todos pudieron influir tanto en su formación, pensa-

miento y religiosidad. No hay certeza de que estudiase en Universidad alguna (¿Salamanca, Sevilla?), está claro que no lo hizo en Alcalá.

En 1569 se encontraba en Italia (5), probablemente huyendo del mencionado altercado con arma blanca. En este país, por su afán por la lectura, debió conocer las obras de Bocaccio, Petrarca, Ariosto, etc.; pero la verdad es que no quiso ser un autor convencional, sería un autodidacta. Su impaciencia, sus viajes en solitario, muchas veces por imperiosas huidas y otras por necesidad económica, hicieron que llegara a armarse como soldado en el tercio de Miguel de Moncada, quizás para conocer otro aspecto de la vida. De esta manera se enroló en la Armada. Su inquietud y deseo de acción, el 7 de octubre de 1571, tomó parte en la cruzada de Lepanto (aun estando enfermo), demostrando su heroicidad. Este hecho fue renombrado entre sus compañeros y capitanes, un suceso que llegó al conocimiento de Don Juan de Austria. Cervantes, siendo ya mayor, diría describiendo la batalla: «...la más memorable y alta ocasión que vieron los pasados siglos ni esperan ver los venideros (...) que si ahora me propusieran y facilitarán un imposible, quisiera antes haberme hallado en aquella facción prodigiosa (muerto) que sano de mis heridas sin haberme hallado en ella». Fue herido en el pecho y en el brazo izquierdo (6), le-

(4) Luis Collado (siglo XVI) anatomista y comentarista de Galeno (De ossibus). Describió el hueso del estribo.

(5) Tal vez recomendado por uno de sus parientes lejanos, Gaspar de Cervantes.

(6) Por un arcabuzazo unos y por una flecha empoñada otros.

sión que le provocaría una incapacidad por la grave secuela («el Manco de Lepanto») y que llevaría de por vida; pero no le produjo el más mínimo complejo («*las heridas conseguidas en guerra antes dan gloria que la quitan*». *El Quijote*).

Estuvo en un nosocomio de Mesina (1572), hasta que la infectada y supurativa herida del brazo, que precisaba de lavados, cauterizaciones, etc., mejoró; pero la mano se secó, quedó fría, yerta, apareciéndole unas excavaciones en el dedo pulgar, aunque conservó cierta movilidad en la misma. No sabemos si hubo signos de gangrena por el tiempo tan dilatado de curas, y si hubo fetidez de las heridas que lo delatará, aunque se sospecha que así podría haber sido. La secuela, según la clínica mostrada, sólo podría deberse a una lesión motora nerviosa (7). En abril de ese año, aun siendo disminuido físico, se incorporó a la compañía de Ponce de León participando en otras batallas. Pero los largos inviernos, la inoperancia en Mesina, Sicilia, Palermo, Nápoles, le aburrieron; y es posible que diera «rienda suelta» a una vida licenciosa cargada de conductas y veleidades sexuales; entre ellas las relaciones con «Silena» de la que nació su hijo natural Promontorio (8). Aguantó tres años, al final decidió volver a España.



Cervantes en prisión imaginando *El Quijote*.

Cautiverio

Fue uno de los sucesos más tristes de nuestro autor. En 1575, una vez que había ultimado su cometido como soldado y regresaba a España, cayó preso por corsarios, primero como recluso de Arnaute Mami, «el cojo», luego del rey Hazán Bajá (vengativo y despiadado) con quien tuvo gran relación a través de su hija Zoraida (tal vez su amante) (4-I); incluso se especula sobre si fue o no sodomizado por el rey. El tener un brazo inútil le salvó de ir a galeras, pero sobre todo por creer que era persona importante debido a la documentación que le fue requisada; circunstancia que le evitó males peores. Le ofrecieron durante su prisión reconvertirse al Islam pero su definida fe le impidió adoptar otras creencias. De la difícil situación que soportó, cabría hacerse algunas preguntas o consideraciones, pues pudieron presentársele varias ofertas (es mi opinión): ¿Reconversión o morir;

(7) Nervio Mediano posiblemente, lo cual le provocaría una ligera amiotrofia con aspecto característico.

(8) («...En mis horas frescas y tempranas/esta tierra habité, hijo, le dije, /con fuerzas más briosas y lozanas...»).

sodomía o morir; rescate o morir? Optó por la última.

En prisión, entre otras cosas, aprendería la jerga que utilizan los maleantes, y dejaría volar su imaginación. Tal vez recordara los campos que atravesó tantas veces en su España: el aspecto y el encanto de las gentes, el clero, los cómicos, las injusticias sociales, gitanos y traficantes de caballos, arrieros, mendigos y malhechores. Sus días, semanas, meses, años, con desesperación y melancolía, sobre todo después de los fracasos de evasión, debió influir en su carácter. Estas penalidades, las fantasías, las argucias intentadas, tal vez fomentaran, esbozaran y se guardaran durante años en su cerebro sirviendo de base para su inmortal obra; y, en cierto modo, refleje su autobiografía. De cualquier manera, los grandes hombres se prueban en las desgracias. Y la desgracia, y grande, era la que padeció Cervantes (Fernández Álvarez). Durante su encierro escribió muchas cartas que envió a la península, en una de ellas dijo: «*tengo ardores de panza, almorranas, pujos anales y lengua saburral, lombrices, dulzura en la sangre, tos perruna*» (9). «*No hay ninguno más pobre en la misma pobreza*» (38-I). Cervantes escribió otras epístolas a la nobleza y amistades para su liberación, pero no recibió noticias, fue olvidado y sólo recordado por la familia.

Pasados los años, el 10 de octubre de 1580, una vez redimido, (existe el acta del rescate realizada un mes antes), declaró ante notario defendiéndose de las acusaciones que había sido objeto; mostró una vez más su «quijotismo» (integridad, valentía, nobleza, bondad, etc.), pues antes de su partida hacia la libertad (hay un comentario en el *capítulo II* de Don Quijote a Sancho sobre la libertad), tuvo a bien entretenerse demostrando la falsedad de los cargos vertidos sobre su persona, hechos malintencionados formulados por el dominico Juan Blanco de Paz, quien le delató de un intento de evasión. Esta actitud, esta forma de ser, habitual a lo largo de su vida, demuestra cierta ingenuidad lo cual era un gesto consecuente con sus ideas. Al final pudo llegar a España desembarcando en Denia.

En 1612, fray Diego Haedo escribiría: «...*del cautiverio y hazañas de Miguel de Cervantes se pudiera hacer una particular historia...*».

Familia, esposa e hijos

A los 30 años su carácter había cambiado: encontró a su familia arruinada; se amancebó con una casada, Ana Franca de la que tuvo a su hija Isabel de Saavedra (10); y ese mismo año casó con una joven de Esquivias, Catalina de Salazar y Palacio, a la que también abandona (11). Fue en el transcurso del tiempo, ya entrado en años, cuando se reconciliaron.

(9) ¿Habría ya una diabetes?

(10) Quedó bajo la tutela de su madre y su marido Alonso Rodríguez.

(11) Probablemente una boda amañada para conseguir mejor situación económica.



Jonson, 1738.

A la muerte de Ana su hija Isabel marchó con la familia de Cervantes; después se casó haciéndole abuelo. Ésta, con un carácter muy especial (no debía llevarse bien con su padre y tías), enviudaría dos veces; y se sabe que Cervantes, por manifiestas desavenencias, entre ellas ingratitud y constantes disgustos, la desheredaría. El gran problema familiar, unas amancebadas (Isabel con Simón Méndez), otras simplemente mujerzuelas (que vivían de varones, Andrea, su hija Constanza y Magdalena: «las Cervantas»), otra recluida en un convento, hizo que se incrementaran las

dificultades familiares y sociales, incluso judiciales, pues vivieron una complicada situación que llevó a toda la familia a un proceso con cárcel; y ello por unos hechos que les atribuyeron de dudosa credibilidad. Estas y otras penalidades influirían en su singularidad.

La muerte de Juan de Austria (1584), de quien comentaba con orgullo que eran de la misma edad, le deprimió visiblemente.

Hay otro apartado en su vida que tampoco se caracteriza por ser brillante; se inició al aceptar una plaza en Andalucía (1587) como comisionado real de abastos, empleo para el que algunos pensaban no estaba preparado al atribuirle escasos conocimientos de aritmética, lo cual podría dar al traste con su misión. Sin embargo, en el Quijote (4-I), demuestra que sabe multiplicar bien cuando habla de Andrés, quien estaba recibiendo una gran azotaina («*cuerada*») por parte de su amo a quien debía dinero. Para ello hace un ejercicio matemático: «*Había de descontar de la paga un real de dos sangrías que le había hecho estando enfermo*» (12); pero es Don Quijote quien demostró que fue el amo el que debe dinero al mozo. De igual manera, en otro pasaje (18-I), habla a Lorenzo sobre la justicia distributiva y conmutativa. De igual manera, parece claro que debía saber de pesos y medidas, dato que recoge el Quijote al hablar de la fanega, celemín, almud, etc.

(12) Por lo que se ve la sangría tenía un precio.

Sólo encontrará desdichas y fracasos durante el tiempo de su profesión como comisionado. Por las características de este empleo, tuvo que visitar Écija, Montilla, Espejo, Carmona, La Rambla, Estepa, Cabra, Baeza, Úbeda, Jaén, etc. Parece que se le propuso, entre otros la propia Iglesia («Sancho con la Iglesia hemos topado»... «Ya veo», respondió el escudero) (13), que hiciese ciertas irregularidades en las cuentas, hecho que no aceptó provocándole grandes embrollos, entre ellos las repetidas estancias en la cárcel (Castro del Río, 1592 y en Sevilla, 1597).

Pasado el tiempo, a finales de siglo (1598 moriría Felipe II), sufrió nuevo cautiverio tanto en Sevilla (1600) como en Argamasilla de Alba (Casa de Medrano); pero una vez más el fuerte ánimo de nuestro hombre le ayudó a salir del infortunio. Aquí surgiría un sueño que luego se hizo realidad: El Quijote.

¡Se le llegó a pedir la devolución de 2.557.029 maravedíes! (60 millones de pesetas o 360.000 euros de nuestra época). Cantidad supuestamente escamoteada o malversada.

En su obra se advierte ciertos conocimientos sobre Teología, a la que recurre más de una vez empleando algunas citas; también de Geometría, Astrología, Física y Astronomía (14)

(Don Quijote refiere a Sancho: «Mucho habemos recorrido, porque de los trescientos sesenta grados que contiene el globo de agua y de la tierra, según el cómputo de Ptolomeo, que fue el mayor cosmógrafo, la mitad habremos caminado» (15-16)). Pudieron haber influido las experiencias al servicio de la Armada; y hay datos que muestran cierta idea sobre Derecho, Filosofía y Economía (Pierinas y Hurtado. Espasa Calpe).

Parece viable que a través de su padre lograra conocer la obra de su coetáneo Vesalio (1514-1564): «príncipe» de la anatomía. Obra que podría haber dado pistas al autor del Quijote (no hay seguridad si pudo leer: *De humani corporis fabrica* (1543), magnífica obra de disección que revolucionó la enseñanza de la anatomía). Su afán por la lectura pudo llevarle a conocer a Ambrosio Paré (1517-1590), y las ideas del suizo Paracelso (1491-1541) podrían haber llegado hasta el alcaalí; ni se descarta que supiese de la labor de Covarrubias de la cátedra de Alcalá de Henares. Si todo ocurrió como se supone, a mi juicio, entre otras cosas, fue un humanista.

El 17 de abril de 1609, Cervantes fue recibido en la Congregación de Indignos Esclavos del Santísimo Sacramento. Dos años más tarde padeció

(13) Frase de Don Quijote cuando recorre, de noche, el pueblo del Toboso.

(14) Cervantes recuerda a Copérnico (1473-1543) repetidas veces.

(15) Es excepcional que un hombre de esa época pudiera abarcar y asimilar, tanto las ciencias como las letras.

(16) Posiblemente leyese a Fray Luis de León, hombre inquieto que quiso saber «las causas de los hados, las señales». Busca la causalidad astrológica como ley fundamental del movimiento del universo.

una gran melancolía: soportó la enemistad de algunos autores contemporáneos; habían fallecido sus padres, sus hermanos, Leonor, así como su nieta, Isabel Sanz; y se acordaría de Promontorio abandonado en Italia. Cervantes, únicamente en su juventud y fuera de su casa, viviría satisfacciones, pero por su «mala suerte», a pesar de las metas que se trazó, no pudo conseguir estabilidad emocional ni económica. Se enfrentó a un mundo hostil siendo un personaje infortunado toda su vida, y que sólo al final de sus años, y a duras penas, consiguió su meta. Sobrevivió como un hombre de carácter algo irritable, dañado y cansado en su ánimo por la adversidad; infortunio que le hizo aproximarse cada vez más a la devoción religiosa. Es una actitud semejante o paralela a la de Don Quijote, quien «despertaría» poco antes de morir reconfortado en sus últimos momentos.

«Yo he dado en Don Quijote pasatiempo al pecho melancólico y mohíno en cualquier sazón, en todo tiempo».

(Miguel de Cervantes)

Escritor, temperamento y hábitos

Las admirables y eruditas aptitudes que tuvo desde niño le proporcionaron un bagaje enorme, aunque discrepante si se compara con el estilo de sus coetáneos. Cultivado y minucioso en sus escritos, introdujo términos

en el castellano que practicaba Lope de Vega.

Múltiples fueron sus obras, unas de mayor relieve que otras, pero fue a finales de 1604 (17) cuando entregaría el genial manuscrito de Don Quijote de la Mancha a Juan de la Cuesta (le estafó los derechos de autor); al parecer dedicado al Duque de Béjar, quien costeó la edición (previa autorización real) (18). Con esta obra se da a conocer el verdadero Cervantes: ataca a la autoridad, al clero, la injusticia, a la nobleza, denuncia la pobreza social, etc. Pone en marcha la imaginación sirviéndole de soporte el mundo que vivió; relata un ambiente en el que despiertan sus deseos, sus ambiciones; que sufre depresiones y melancolías; y padece desvaríos momentáneos, reaccionan-



Castillo, 1841.

(17) Hay controversias con la fecha.

(18) Dedicatoria de II parte: «Dada en Madrid a treinta días del mes de marzo de mil y seiscientos y quince años. Yo El Rey».

do con moralejas sobre la conducta de obrar bien.

Si exceptuamos la predilección por López de Hoyos, y algunos otros, muy pocos, Miguel no tuvo amigos salvo los que hizo en su precampaña bélica, y casi siempre escogidos en los suburbios. Como hemos referido, asistía a las tabernas donde estaban las gentes sencillas (como hizo Don Quijote), rodeándose de compañeros sin ofrecerles amistad, posiblemente por su timidez, por su mala suerte, por su forma de ser (como el manchego), por sus cambios permanentes de residencia (pues fue un gran viajero): «*quien anda mucho y lee mucho, ve mucho y sabe mucho*»; se sentía insatisfecho. Tal vez sufrió ciertas depresiones (como Don Quijote) al saberse aislado; menospreciado por Lope de Vega, quien por rencor o envidia se equivocó al decir: «*De poetas no digo: buen siglo es este... pero ninguno tan malo como Cervantes ni tan necio que alabe a don Quijote*». ¿Qué diría el insigne escritor, si conociese las cuantiosas ediciones y traducciones del Quijote que surgieron a lo largo de los años?; también pudo influir la impostura de Avellaneda; hecho que le obligó a terminar la segunda parte del Quijote (1615), a la que tituló *El Ingenioso Caballero Don Quijote de la Mancha*. Dos años más tarde se publicarían las dos partes juntas.

Cervantes, en su *Don Quijote*, desea una sociedad ideal y por ello lucha para conseguirla: trata de matar la

envidia, la soberbia, la ira, la gula, la lujuria, la pereza. El protagonista de la obra, se cree caballero. No es un «loco», pues es capaz de hablar de la vida y de la muerte de forma culta e inteligente. Para Sancho, su ignorancia, que no es tal, sino práctica (19); pretende algo que no puede conseguir, sin embargo es libre por estar desposeído de riqueza y poder (desea dejar su ínsula Barataria, cambiándola por la receta del mágico licor de Fierabrás, pues como hombre práctico ve en ella un futuro halagüeño). Panza desea aprovechar lo aprendido de su amo para cultivarse. La verdad es que se aprecia cierta transformación, pues en algunos comentarios parece que habla Don Quijote; se cree un verdadero escudero; es más, desearía ser Don Quijote.

Desde mi punto de vista, es inigualable el temperamento, la sensibilidad y el sentido de la honorabilidad que se refleja en la obra. No extraña que el autor, llamémosle cronista, se ocupara también de estimar los sentimientos de sus protagonistas: «...*el decaimiento en los infortunios apoca la salud y acarrea la muerte (...)* el famoso pastor estudiante llamado Crisóstomo ha muerto de amores». Ambrosio mandó poner un epitafio en la losa de la sepultura:

Yace aquí un amador

...

perdido por desamor.

Murió a manos del rigor

...

la tiranía del Amor.

(19) Sobre todo su mujer Teresa, quien enseña la realidad de las cosas.

«...que Dios, que es proveedor de todas las cosas... pues no falta a los mosquitos del aire, ni a los gusanillos de la tierra, ni a los renacuajos del agua, y es tan piadoso, que hace salir su sol sobre todos los buenos y malos y llueve sobre los injustos y justos» (18-I).

En esta glosada y sincera idea, hay dos capítulos (42 y 43-II) que versan sobre los relatos, confesiones y aforismos que emplea Don Quijote tratando de aconsejar a Sancho. «...Mira Sancho: Si tomas por medio la virtud y te precisas de hacer hechos virtuosos, no hay que tener envidia a los que los tienen príncipes y señores, porque la sangre se hereda y la virtud se aquista (se adquiere)... Y la virtud vale por sí sola, lo que la sangre no vale».

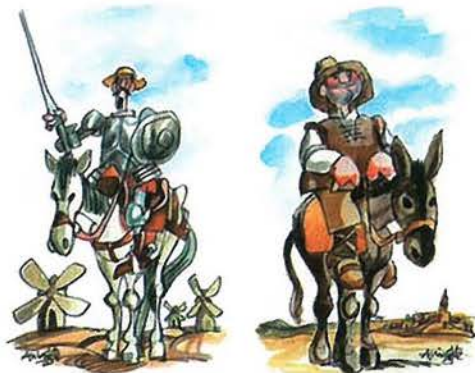
En otro lugar, abiertamente, expresa su amor: «Yo estoy enamorado porque es necesario que los caballeros andantes lo estén, estándolo, no soy del número de los amantes viciosos, sino de los castos amantes platónicos». Cervantes, ya añoso, a su protagonista lo elige como hombre casto, fiel y justo.

¿Cómo valorar el sentimiento de nuestro hombre?

Desde 1618, las ilustraciones son meras viñetas mediocres de aspecto tosco por la mala calidad de la imprenta y del papel. Avanzando en el tiempo, con la difusión de la obra, los dibujos fueron reproducidos por grandes caricaturistas; muchos de ellos foráneos, entre ellos particularmente Doré, y en nuestro país: Muñoz Degrain, Urrabieta Vierge, Zuloaga, Picasso, Arroyo, García Morales, Ba-

rrero, Givanel y Masa, Dalí, Mingote, Goñi, Goya (en un capricho), etc. Todos muestran en sus historietas un estilo propio, y es posible que muchas de ellas equivalieran a lo que desatinadamente veía Cervantes; sería la idea dibujada de la leyenda de sus protagonistas: un Quijote casi emaciado y un rollizo Sancho con cabalgaduras semejantes a sus jinetes, y ambos con aspecto y miradas característicos.

En el prólogo de sus *Novelas Ejemplares* dice: «...y con esto quedará mi ambición satisfecha, y el deseo de algunos que querrían saber qué rostro y talla tiene quien se atreve a salir con tantas invenciones en la plaza del mundo, a los ojos de la gente...». Marqués Torres (1615), coetáneo de nuestro autor, hizo una escueta definición de él cuando fue preguntado por unos franceses: «Cervantes fue un viejo, soldado, hidalgo y pobre». Uno de los que interrogaban indicó: «¿Pues a tal hombre no le tiene España muy rico y sustentado del erario público?». Sin comentarios por la obviedad de la respuesta.





Cervantes conversa con sus protagonistas.
Doré.

En la obra, Cervantes y Don Quijote son vencidos una y otra vez, pero al final triunfan. Tanto para uno como para el otro el hacer el bien es vivir de manera adecuada, aunque casi les cuesta la vida. En este aspecto ambos son «quijotes». Cervantes se entusiasma con su obra, se mete y vive en



Zuloaga.

sus personajes, tanto es así que ellos le animan a vivir.

En mi criterio, y en el de otros muchos, hay una similitud entre autor y protagonista: mientras uno estaba frecuentemente en prisión (cinco años y medio), entre chusma reclutada en la batalla, indocumentados procedentes de varios países, y más adelante presa de sus desgracias, con una familia que sólo le daba quebraderos de cabeza; el otro, Don Quijote, estuvo bajo el influjo del aburrimiento (deseaba haber pertenecido a otra época) cayendo en la lectura de forma obsesiva (le desordenó la cordura), y un entorno que le imposibilitaba relacionarse con alguien de cierta cultura, pues eran analfabetos en su mayoría (un clérigo con ideas rígidas y embrolladas creencias, matones de ventas y borrachos pendencieros); sólo tendría a Sancho para platicar. A mi parecer no se puede escindir a Cervantes y Don Quijote.

Toiti Martínez se hace la misma pregunta: ¿Y si Miguel de Cervantes hubiera querido reflejarse en su personaje más famoso? Debemos preguntarnos: ¿Quién no se ha sentido Quijote o bien ese «práctico» y elocuente Sancho alguna vez? Para entender el Quijote, hay que ver la realidad que él veía.

Si fuese así, una autobiografía, no sería el primero en proyectarse en su obra; la verdad es que la historia se repite continuamente, así lo vemos en su coetáneo Lope de Vega (20); años más tarde en Velázquez (21), y siglo y

(20) La Dorotea.

(21) Las Meninas.



Don Quijote en la cama. Doré.

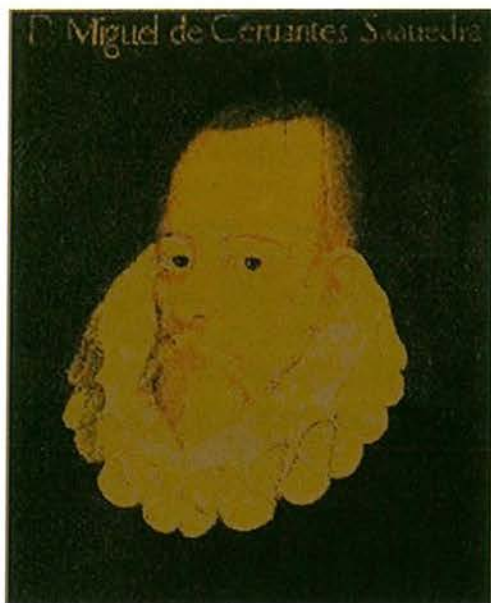
medio después en Goya (22); todos se introdujeron, se reflejaron, en sus obras: unos mediante las letras, otros en autorretratos.

Vejez

¿En qué y cómo se ha ido mi vida? Podría haberse preguntado nuestro escritor. También podría contentarse con un: isoy así y así son las cosas, que le voy a hacer! Creo que se amoldó siempre a las circunstancias que vivía cada día.

En la época en que se publicó «El Quijote», Cervantes, con cierta sorna, se describe a sí mismo: *«De rostro aguileño, de cabello castaño, frente lisa y desembarazada, de alegres ojos y de nariz corva, aunque bien proporcionada, y las barbas de plata que no ha de veinte años fueron de oro, lo bigotes grandes, la boca pequeña, los dientes crecidos, porque no tiene sino seis y éstos mal acondicionados y peor puestos, porque no tienen correspondencia los unos con los otros; de cuerpo entre dos extremos, ni grande ni pequeño, la color viva, antes blanca que morena, algo cargado de espaldas y no muy ligero de pies».*

Observando la pintura añadiría: su cabeza era ligeramente alargada, almendrada, huesudo de rostro con sobresalientes pómulos, pabellones auriculares agrandados (que corresponden a una persona de edad avanzada); afiladas barbilla –oculta por pelo– y nariz; y bigote caído. Entiendo que sus ojos eran de color gris oscuro y mirada huidiza, que pretenden preguntar sin acritud al observador: ¿qué te parece? Unas cejas finas y arqueadas (tal vez retocadas por el artista), y semblante de recelo-so mal humor. La dentadura debía estar en mal estado (como también la padecía el Quijote), dando la impresión de boquisumido al faltarle, probablemente, la dentición anterior; aspecto lógico primero por la edad y se-



Retrato atribuido a Jáuregui.
Amigo, pintor y poeta.

(22) Realistas: como las pinturas del Infante Don Luis, La Familia Real; o bien soñados: Los Caprichos.



C. A. Machado, 1900.

gundo por la enfermedad que padecía (no olvidemos la sospecha de hepatopatía y sobre todo diabetes). En general, bajo mi punto de vista, el retrato tiene una expresión impropia de la edad a la que se supone se realizó. No obstante es el más conocido.

Se duda de la autoría del retrato atribuido a Jáuregui pues la fecha es de 1600 y en la firma pone «Iaurigui»; si fuese así, en ese año, el pintor lo compondría con diecisiete años. Sin embargo Cervantes hace una alusión al artista: «...el cual amigo bien pudiera, como es uso y costumbre, gravarme y esculpirme en la primera hoja deste libro (23), pues le diera mi retrato al famoso don Juan de Jáure-

gui...». Cervantes nunca recibió el retrato ¿sería falsa también la fecha?

Su imagen, pues, en general bastante retocada, debería estar mucho más ajada que la representada, primero por la edad que se supone tenía, segundo por las enfermedades y calamidades sufridas, tercero por haber tenido acceso a supuestos retratos pintados por otros artistas coetáneos y posteriores. Cervantes estaba agotado física y psíquicamente. Su aspecto debía ser otro.

Enfermedad, sentimiento religioso y muerte

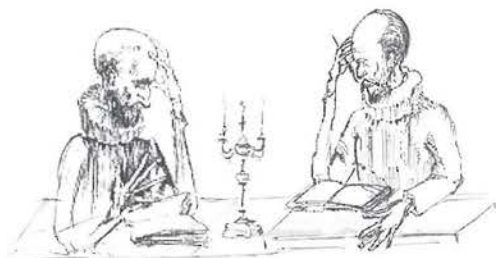
Se sabe que a principio de siglo, Don Miguel ya estaba enfermo cuando hace la observación (tal vez deseara describirse así mismo): «*Don Quijote estaba seco y amarillo de pura anemia*». Es posible que se viera emaciado, con una palidez amarillenta como consecuencia de su ya larga enfermedad; aspecto que coincide con la de Don Quijote, a quien define como amojamado. Había envejecido, estaba angustiado, dolido y melancólico; e incapaz de ahorrar dinero, incluso fue encarcelado. Su situación social y económica le obligaron a vivir en distintas zonas de Madrid: calle las Huertas, de los Francos, Saldaña y Atocha, siendo su último domicilio en la calle del León. En 1613, aun sabiéndose enfermo, volvió a sentirse fuerte estimulándolo a escribir frenéticamente (24).

(23) (*Novelas ejemplares*).

(24) «...Fuerzas tan pocas como las mías...».

La enfermedad que arrastró hasta su muerte probablemente fue una cirrosis hepática (asintomática durante años) con diabetes asociada (25). Ésta, pudo ser un factor promotor de la esteatosis hepática, capaz de evolucionar a esteatohepatopatía y cirrosis criptogénica, etc. Tuvo conocimiento de ello, lo supo y lo reflejó en *El Quijote*, donde hay una cita: «*Esta enfermedad es de hidropesía pero no la sanará toda el agua del Océano que dulcemente se bebiere (...). Eso me han dicho muchos...*». Es una enfermedad que provoca una necesidad de beber en exceso (polidipsia) sumándose un cansancio excesivo (asenia). Y hay otra cita: «*Y aunque no tiene barriga –la muerte– da a entender que está sedienta de beber e hidrópica*» (20-II). En cualquier caso, la consecuencia fue una hepatopatía con ascitis cuya sintomatología se manifestó siendo ya mayor. Y es de suponer, que la medicina empleada sería empírica.

Cervantes murió en los umbrales de la vejez. Siempre surgirán las mismas preguntas: ¿Falleció por consunción; por una miocardiopatía (hay dibujos con ligeras «chapetas» en los pómulos)?, ¿por algún cáncer, la cirrosis descrita, una pancreatitis?, o ¿sería simplemente la terminación de una enfermedad general sistémica? Moragas opina que pudo ser, por la clínica que presentaba, un cáncer de cabeza



El Quijote
de Dalí.

Cervantes
(transformado de Rosell).

de páncreas. Creo que la cirrosis fue suficiente causa para extinguirle.

A Cervantes, en marzo de 1616, no le quedaba más que su enfermedad, la meditación y la desesperanza; y en ese trance escribió una carta al arzobispo de Toledo, en la que refiere la sensación de haber llegado al final de sus días (26). Un mes después de esta fecha profesaría los votos como terciario de San Francisco (para ahorrar gastos de su entierro).

En el análisis del final de la vida de Don Quijote, en el capítulo 74-II parte, se lee: «*Callad hijas, –respondió Don Quijote al ama y sobrina–; que yo se bien lo que me cumple. Llevadme al lecho, que me parece que no estoy muy bueno...*» (...) «*...Rogó Don Quijote que le dejaran sólo... y durmió de un tirón... más de seis horas*».

Podemos estar de acuerdo en que Alonso Quijano sufrió un trastorno psiquiátrico, pero sus locuras son muy particulares; hay locura y lucidez, heroísmo y prudencia, ceguera pero también nitidez, pues al final re-

(25) Lo que permitiría una descompensación por incremento de la presión portal, con gran retención de sodio y agua por el riñón responsable de la ascitis.

(26) Algunos opinan que esta carta es una falsificación.



Familia de Don Quijote. Doré.

firió: «Ya no soy Don Quijote de la Mancha, sino Alonso Quijano, a quien mis costumbres me dieron renombre de Bueno...». Y con una tonante voz reconoce su verdadera personalidad (74-II): «¡Bendito sea el poderoso Dios, que tanto bien me ha hecho! (...) En fin, sus misericordias no tienen límite (...) ¿qué misericordias son estas...? —preguntó la Sobrina—...».

«Las misericordias, sobrina, son las que en este instante ha usado Dios conmigo, a quien, como dije, no las impiden los pecados. Yo tengo juicio ya, libre y claro, sin sombras caliginosas de la ignorancia, que sobre él me pusieron mi amarga y continua leyenda de los detestables libros de caballerías... Yo me siento, sobrina, a punto de muerte, querría hacerla de tal modo, que diese a entender que no había sido mi vida tan mala que dejase renombre de loco... Llámame, amiga, a mis buenos amigos: al cura, al bachiller Sansón Carrasco y a maese Nicolás, el barbero, que quiero confesarme y hacer testamento».

(74-II). Don Quijote continuó su deseo: «..., y tráiganme un confesor que me con-

fiese... que en tales trances como este no se ha de burlar el hombre con el alma». Es un adiós melancólico con una resignación confortable donde la bondad y la caridad se hermanan (Cervantes desearía tener este final). Después haría testamento. En referencia a los Caballeros Andantes, el autor comentó: «...hallase el escribano presente... muerto en su lecho tan sosegadamente y tan cristiano como Don Quijote..., dio su espíritu: quiero decir que se murió» (74-II).

Dostoyevsky, de un modo evidentemente sentimental, comentó «...no tardó en irse de este mundo plácida-mente y con triste sonrisa en los labios, consolando todavía al lloroso Sancho». Es el tránsito metafísico de serena virtud de una penosa vida, a la deseada antesala sobrenatural.



«...las cuales comenzaron a llorar...».
Narvéez y Manchón, 1875.

Cervantes pone en la pluma de Sansón Carrasco:

*«Yace aquí el Hidalgo fuerte
que a tanto extremo llegó
de valiente...
...que el espantajo y el coco
del mundo, en tal coyuntura,
que acreditó su ventura
morir cuerdo y vivir loco».*

Tras este paréntesis del deceso del manchego, y a su semejanza, es oportuno un apunte cronológico del final de Cervantes: el 18 de abril, recibe los últimos sacramentos: él se sabe condenado. El 19 redacta los versos: «...puesto ya el pie en el estribo con las ansias de la muerte, gran señor, (...) Ayer me dieron la extremaunción, y hoy escribo ésta». El 20 dicta el prólogo de Persiles, que parece dirigirse al lector: «Mi vida se va acabando y al paso de las efemérides de mis pulsos, que, a más tardar, acabaran su carrera este domingo, acabaré yo la de mi vida». «Adiós, gracias; adiós donaires; adiós, regocijos amigos; que yo me voy muriendo y deseando veros presto contento



Muerte de Don Quijote. Doré.

«...puesto ya el pie en el estribo con las ansias de la muerte, gran señor, (...) Ayer me dieron la extremaunción, y hoy escribo ésta». El 20 dicta el prólogo de Persiles, que parece dirigirse al lector: «Mi vida se va acabando y al paso de las efemérides de mis pulsos, que, a más tardar, acabaran su carrera este domingo, acabaré yo la de mi vida». «Adiós, gracias; adiós donaires; adiós, regocijos amigos; que yo me voy muriendo y deseando veros presto contento



Últimos momentos de Cervantes.

en la vida» (dedicada al conde de Lemos). El día 22, Don Miguel, ofrece el último suspiro pero hasta el día siguiente (sábado) no se consigna la muerte (27).

La partida de defunción de don Miguel de Cervantes Saavedra decía: «En 23 de abril de 1616 años murió Miguel de Cervantes Saavedra, calle del León. Recibió los Santos Sacramentos de mano del Licenciado Francisco López; mandólo enterrar en las Monjas Trinitarias; mandó dos misas de alma y las demás a voluntad de su mujer, que es testamentaria y el Licenciado Francisco Martínez, que vive allí».

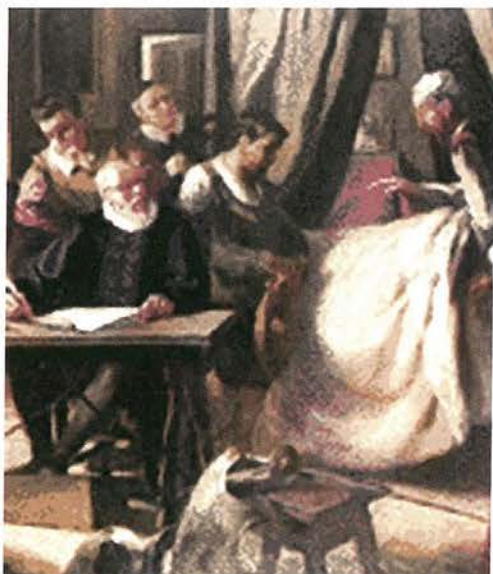
Una curiosidad: Cervantes quedó enterrado en la calle de Lope de Vega y éste moriría en una calle que llevaría el nombre de Cervantes. Aunque sólo sea en este aspecto, se hermanarían dos «enemigos» que sobresalieron en nuestras letras. Es el año en que moriría el insigne dramaturgo William Shakespeare (1564-1616), hombre

(27) El 23 quedará para la posteridad como Día del Libro (Canavaggio).

con una vida totalmente anodina, opuesta a la de nuestro hombre. Manuel Fernández Álvarez, define a Cervantes: *«Un hombre salido del pueblo, de vida desvencijada, que se fue cargando de desventuras conforme se cargaba de años, y que murió pobre, casi de solemnidad, hasta el punto que, siendo profundamente creyente, solo pudo mandar en su testamento que se dijeran dos misas por su alma»*. Su final fue infortunado, angustiado y tal vez incomprendido, a pesar de haber obsequiado al mundo con una obra inmortal.

Su muerte sería, probablemente, afín a la que tuvo su Alonso Quijano para quien la justicia última está en Dios, no en los hombres, ni en el Estado. La verdadera gloria del autor vendría después.

Nuestro autor murió católico contrarreformista en su casa de la calle del León, atendido por su esposa y sobrina Constanza; y era tal su pobre-



Testamento de Don Quijote, de García Morales. Ministerio de Justicia (Madrid).

za que de su entierro, ya mencionado, se encargó la Venerable Orden Tercera. El cadáver, según las reglas de la misma, fue cubierto con el hábito de franciscano y el rostro descubierto. Inhumado en el convento de las Trinitarias Descalzas (28) de la calle Lope de Vega de Madrid (barrio de las Letras). No pusieron lápida ni distinción alguna; sus restos fueron dispersados a finales del siglo XVII tras la reconstrucción del convento (1698). Su testamento se perdió. Diez años más tarde murió su esposa Catalina Salazar.

Lope de Vega reconocería al final la grandeza de su rival:

«En la batalla en que el rayo austriaco, hijo inmortal / del Águila famosa, conquistó los campos ondulantes, / la fortuna insidiosa hirió la



Trinitarias Descalzas de San Ildefonso.

(28) «Trinitarias de Cervantes», fundado en 1609.

mano de Miguel de Cervantes..., / Por lo que dicen que una mano herida ha / podido dar a su dueño una vida eterna».

III. ¿Sabía medicina?

«Al mal de quien la causa sabe,
milagro es acertar la medicina».

(Cervantes)

En *El Licenciado Vidriera*, nuestro escritor dice: «Preguntóle entonces uno que qué sentía de los médicos, y respondió esto: –Honora medicum propter necessitatem, etenim creavit eum Altissimus. A Deo enim est omnis medela, et a rege accipiet donationem. Disciplina medici exaltavit caput illius, et in conspectu magnatum collaudabitur. Altissimus de terra creavit medicinam, et vir prudens non ab[h]orrebit illam: “Honra al médico por la necesidad, porque el Altísimo lo crió. Porque de Dios viene toda medicina, y el rey recibirá donativos. La ciencia del médico exaltará su cabeza, y será alabado ante los magnates. El Altísimo crió de la tierra los medicamentos, y el hombre prudente no los desechará”. Esto dice el Eclesiástico de la medicina y de los buenos médicos (XXXVIII, 1-4), y de los malos se podría decir todo al revés, porque no hay gente más dañosa a la república que ellos. El juez nos puede torcer o dilatar la justicia; el letrado, sustentar por su

interés nuestra injusta demanda; el mercader chuparnos la hacienda; finalmente, todas las personas con quien de necesidad tratamos nos pueden hacer algún daño; pero quitar-nos la vida sin quedar sujetos al temor del castigo, ninguno. Sólo los médicos nos pueden matar y nos matan sin temor y a pie quedo, sin desenvainar otra espada que la de un rúcipe. Y no hay descubrirse sus delitos, porque al momento los meten debajo de la tierra». ¡Qué mal lo pasó Cervantes en su enfermiza historia final!

Si reparamos en la historia de la Medicina, observaremos que su evolución fue lenta ya que era difícil desprenderse de las obsoletas creencias. Durante siglos los médicos sangraron (para dar salida a los «malos humores»), dieron activos purgantes a locos, vomitivos; incluso se practicaba con una actitud embaucadora, etc.

Transcurría una época en que la salud se entendía simplemente como el equilibrio de los humores en su forma natural; y las enfermedades se consideraban consecuencia de las alteraciones de ese equilibrio normal. Sería a finales del siglo XV cuando apareció la «Yatroquímica» (fusión de la alquimia, medicina y química), y con ella el movimiento «renacentista» que interesó a multitud de estudiosos de la medicina; como Fernel (1497-1588) (29); Van Helmont (1577-1644) (30);

(29) «La Medicina Universal»: hizo ver con firmeza, el valor de la fisiología, patología y terapéutica.

(30) Investiga sobre fermentos y profundiza en el origen de la fiebre, concluyendo que era propia de la reacción del organismo ante un agente irritante exterior, desechando la teoría de los humores; y estudió la naturaleza de la fiebre.

Paré (31) y el intransigente y contrarreformista Paracelso «padre de la farmacología» (32); y otros autores indígenas y foráneos.

Con el Renacimiento el progreso avanzó rápidamente extendiéndose a todas las esferas del saber: pensamiento teológico, letras, física, astronomía; y también notablemente a la medicina: la Contrarreforma destacaba abiertamente. Nuestro maestro Laín Entralgo, en su *Historia de la Medicina*, hace una magnífica interpretación de esa etapa. Recuerda que la guía fundamental para el tratamiento de las enfermedades fue Herbolaria: uso terapéutico de plantas medicinales; doctrina conocida desde la época del griego Disocórides y reintroducida durante el Renacimiento en la reserva terapéutica europea. Los siglos XVI y XVII, por tanto, fueron pródigos en progresos médicos y farmacológicos; y en lo que a nuestra disciplina respecta la influencia de los monarcas y parte de la nobleza fue decisiva, pues se encargaron de su protección.

A Cervantes le tocó vivir los difíciles comienzos de este movimiento cientí-

fico; es un tiempo donde las universidades españolas cobran prestigio, sobre todo las de Alcalá, Salamanca y Valladolid. Pero también parece cierto que se prohibía estudiar en escuelas extranjeras, por lo que los procedimientos y técnicas tuvieron que importarse.

La perspicacia de nuestro personaje fue fomentada desde su niñez, probablemente ayudando y aprendiendo de su padre, con innata inquietud hacia cualquier tipo de lectura, debió tener un gran interés por la medicina; de este modo, los conocimientos adquiridos a lo largo de los años fructificaron en sus obras. ¿Influyó también el ambiente de curanderismo que a veces ensombrecía el saber médico?, seguro, pero para desdeñarlo (33). Cabe la posibilidad que conociese la célebre «imposición de manos» para curar las escrófulas (adenopatía tuberculosa); lo que se entendía como «toque de reyes».

Por tanto, conoció las pautas médicas de la época (34) ¿Penetró en la obra psicológica de Huarte de San Juan (35), estudioso de las teorías de los humores-sangre, bilis, flema, me-

(31) *«Cirugía Universal»*: Tratado en el que se da un gran impulso a la cirugía.

(32) Experto en la acción diurética del mercurio (hombre obsesionado con los minerales). Es un médico que no quiere «contemplar», sino «obrar»; y no tanto «ver». Trata de basarse en la «experiencia» en su «saber de experiencia».

(33) Durante el siglo XVII, tuvo un gran predicamento la magia; el uso de la «momia» y del «unicornio» (Paré).

(34) Podría haber leído a los grandes representantes del humanismo renacentista: Guevara, Mercado, Vallés –1524-1592–; Juan Fragoso, de Vega –profesor de Alcalá, 1510-1580– traductor de Hipócrates; Laguna –1494-1560–, hizo la traducción de Disocórides: «Acerca de la materia médica y de los venenos mortíferos...»; Chacón; Hidalgo de Agüero; Villarreal; el anatomista italiano Vesalio (estuvo en nuestro país algún tiempo), y otros.

(35) «Examen de ingenios para las ciencias».

lancolía?; es posible (36). En este sentido, si fue así, si se apoyó en las ideas huartistas, no es extraño que a nuestro Alonso Quijano, Cervantes lo describiera como influido por la bilis con un temperamento un tanto colérico, pero «ingenioso», excéntrico y culto, lo que como indica el autor se debió: *«a la destemplanza caliente y seca del cerebro»*.

Además, al menos por referencias, debió enterarse de las enfermedades de la Corte (Isabel de Valois, esposa de Felipe II, de la que describe cierta sintomatología; incluso se aventura con una posible terapéutica: emaciada, insomne, fiebre éctica; sangría, enemas, purgas, etc.).

Cervantes se instruyó en las múltiples fuentes de la cultura; hecho que junto a su ingenio, patente en toda la obra, fue más allá de las consideraciones reales; intuía el pensamiento de su héroe: *«de tal modo que era verdad toda aquella máquina de sonadas sonadas invenciones que leía»*. Es decir, supo introducir en su héroe algo novedoso, sabía perfectamente lo que eran imágenes distorsionadas que salían al exterior, etc. Esta forma de describir el tema podría ser lo que percibía Cervantes de su entorno y de sus lecturas (seguro que él también leyó los libros de Caballerías); o bien tras las posibles conversaciones con boticarios o moriscos apegados al tema. La lectura de los clásicos griegos y latinos debió crear en Cervantes un cortejo amplio de ideas y generosos conocimientos; reales y ciertos unas

veces, idealizados e imaginarios otras. Si nos hacemos preguntas sobre su preparación médico-intelectual, las respuestas se encuadran en los pasajes de su obra; es más, las observaciones que hace en el texto, podría haberlas realizado un médico, y no vulgar, de la época. Esta circunstancia nos da la oportunidad, con los datos clínicos que nos ofrece, tener una idea del estado en que se encontraban los personajes del Quijote; datos que expone con pulcritud, calidad y extensión.

*«Más vale la salud de un
sólo Caballero Andante que todos los
encantos y, transformaciones de la tierra».*

Don Quijote

Cervantes fue un gran psicólogo, sobre todo un excelente y sagaz observador. Al profundizar en la obra, vemos que la biotipología de Cervantes y Alonso Quijano se parecen; ambos leptosomáticos, algo introvertidos, sin embargo se alteran por cualquier cosa; perfil que apunta hacia un tipo de personalidad esquizoide (no se me ocurrirá poner en duda la cordura de Cervantes). Este biotipo se contrapone al del obeso o pícnico de Panza, casi siempre extrovertido aunque un estímulo psicógeno puede dar lugar a baches depresivos (personalidad cicloide).

El escritor, con su óptica psicoanalítica, define el carácter de ambos héroes. En uno domina la sinrazón, en el otro la práctica-razonada. Supiera o no hacer esta distinción biotipológica, nuestro autor consigue describirlos.

(36) En la expresión actual, aún permanecen voces como: Estar de buen o mal humor; tener un ataque de cólera; ser una persona flemática; estar melancólico; ser atrabiliario; bilis negra.

Esto le llevó a lo que se entendía como Fisiognomía, materia que aplica en la descripción de su héroe: «*Era de complexión recia, seco de carnes, enjuto de rostro (...) Flaco, amarillo, los ojos hundidos en los últimos camaranchones del cerebro* (es probable que fuese el aspecto que tuvo él al regresar de Argel) (...) *Seco amojamado que no parecía sino hecho de carne de momio (...)*». O cuando en el capítulo 2-I, describe al Ventero: «*...hombre que, por ser muy gordo, era muy pacífico...*» (37). De la misma manera resaltó una y otra vez la gordura y pequeñez de Sancho.

Pone en boca del Hidalgo la correcta observación que hace de su mano: «*Mirad la contextura de sus nervios, la trabazón de sus músculos, la anchura y espaciosidad de sus venas, de donde sacareis que tal debe ser la fuerza del brazo que tal mano tiene*». Y es formidable la descripción apasionada que hace de su rocín: «*...tenía más cuartos que un real y más tachas que el caballo de Gondela, que tantum pellis et ossa fuit, le pareció que ni el Bucéfalo de Alejandro, ni Babieca el del Cid con él igualaban*» (1-I).

En otro lugar opina Cervantes sobre Sansón (3-II): «*...aunque se llamaba Sansón, no muy grande de cuerpo, socarrón; de color macilento, pero de muy buen entendimiento; tendría hasta veinticuatro años, carirredondo, de nariz chata y de boca grande, señales todas de ser de condición maliciosa y amigo de donaires...*». Osa

incluir una conducta, lo cual abunda en su perspicacia.

¿Sabía *psiquiatría*? Para responder a la pregunta diríamos que muchos y extensos han sido los relatos, opiniones, consideraciones y conclusiones a las que se ha llegado por multitud de expertos, que coinciden al señalar como loco a Don Quijote. Todo ello porque, el autor, hace acopio de una serie de datos que inducen a pensar de esta manera.

En el Quijote, Cervantes, describe las alucinaciones, bien auditivas o visuales, ilusiones, delirios y la gran obsesión, la sospecha persecutoria; lo hace de forma tan exquisita que casi podríamos hacer una historia clínica. Sus crisis persecutorias e ideas megalomaniacas son claves en varios capítulos, donde la «locura» está presente. Se podría preguntar si los delirios de grandeza, los fracasos amorosos y sociales, las ensoñaciones persecutorias, incluido el enorme deseo de triunfar de Don Quijote, a caso se debiera a los conocimientos que Cervantes tenía de la Casa de Locos de Sevilla. También es posible que se inspirara en un personaje que vivía en Argamasilla de Alba, un tal Domingo Pacheco; experiencias que trasladaría a varias de sus otras novelas.

En el capítulo 65 de la II parte, se lee, «¿No veis, señor, que no podrá llegar el provecho que causa la cordura de Don Quijote a lo que llega el gusto que da con sus desvaríos? (...) y si no fuese contra caridad, diría que nunca sane Don Quijote, porque

(37) Gran comedor con apetito continuo, tipo rechoncho linfático, con gran flema y respuestas lentas.

con la salud, no solamente perdemos sus gracias, sino la de Sancho Panza su escudero, que cualquiera dellas, puede volver a alegrar a la misma melancolía».

Alonso Fernández define «El Quijote» como «*novela psicopatológica protagonizada por un enfermo mental*». Hace hincapié sobre *las alucinaciones auditivas y visuales al contemplar los «gigantes»,* síntomas que desaparecen al recobrar el sentido, y los ve como molinos (aunque, verosíblemente, en su subconsciente existían gigantes); incluso *delirios de identidad,* ya que confunde a ciertos personajes. Yo añadiría: ¿Son ensoñaciones de un alienado psíquico que le hacen ponerse en marcha para materializar sus sueños? En este aspecto tenemos alguna experiencia, y lo hemos visto en esquizofrénicos que oyen ruidos de forma intensa, atormentadora y aterradora durante la noche y en la vigilia; son fruto de engaños de la percepción.

Cervantes recuerda que el sueño es una necesidad fisiológica. En el *capítulo 42-II parte,* Don Quijote, aconseja a Sancho: «*Sea moderado tu sueño, que el que no madruga con el sol, no goza del día*»; y le advierte, «*Oh Sancho, que la diligencia es madre de la buenaventura, y la pereza su contraria*». En el *44-II parte,* se lee cómo la Duquesa recomienda: «*se acueste temprano para descansar de su molimiento*». E insiste que el dormir bien es preciso para el bienestar físico y psíquico, pues «*regenera el cerebro*»; «*El sueño es alivio de las misiones de los que las tienen despiertas*». El sueño para Cervantes

tiene unas características diferentes según el temperamento de los protagonistas. Mientras Panza duerme en cualquier parte «*...duerme a sueño suelto, sin que fianzas, ni deudas, ni dolor alguno se lo estorben (68-II)*»; Don Quijote, «*...duerme a cielo abierto (...) por ser acto posesivo que le facilitaba la prueba de su caballería (10-I)*. «*Duerme tú, Sancho –respondió Don Quijote–, que naciste para dormir; que yo que nací para velar; (...). A mí me parece –respondió Sancho– que los pensamientos que dan lugar a coplas, no deben ser muchos, vuesa merced coplee cuanto quiere; que yo dormiré cuanto pudiere*». Es una perfecta observación de dos caracteres opuestos.

El biotipo del Quijote tiende hacia la esquizofrenia que es la forma circular. Entiendo que el escritor quiere atribuir la locura de su protagonista, entre otros motivos, a la falta de sueño. Lo prueba cuando se corrige al final de su vida, pues por haber dormido suficientemente, despierta cuerdo. Como alguien dijo:

*Don Quijote en su locura
tiene razón que le sobra
más que el barbero y el cura.*

La locura para Cervantes, además de tener una causa externa (lectura de libros de Caballerías), debió tener una influencia interna; a este respecto, podríamos sospechar que pudiera haber algún factor endógeno que activara la enfermedad.

Alonso Fernández, en su análisis sobre Don Quijote, subraya que recobra la identidad, la razón, poco antes de la muerte tras una grave cri-

sis febril. Obviamente no sabemos a qué se debió esta crisis. ¿Por qué Cervantes empleó la fiebre para que recobrarla la lucidez? ¿Conocía el autor la clínica y pronóstico de ciertas enfermedades mentales, así como su terapéutica mediante la piretoterapia? Este procedimiento es un método que se ha usado para combatir la hipomanía, mediante el cual el paciente (sumido en este estado febril), se ocuparía de sí mismo como enfermo grave marginando la tendencia maníaca. Autores como el reflexivo Erasmo, el irónico Ariosto, el elegante Boccaccio y otros, trataron el tema antes que él, lo que sugiere que fueran leídos por nuestro autor.

El novelista inventa su Don Quijote con unas artes como las descritas: tan pronto atacaba a sus visiones fantasmales, como era apedreado por gente real. Por un lado poseía grandes virtudes cristianas, por otro criticaba al clero. En todo caso, Cervantes no se decantó por ninguna forma de locura; introdujo un grupo, una mezcla de distintos elementos, que haría difícil un diagnóstico; aunque una y otra vez, le llama locura.

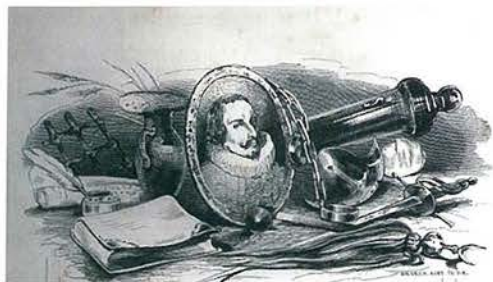
Don Quijote, a lo largo de su periplo, muestra momentos de cólera, delirios y manía persecutoria. «*Tiene necesidad de un poco de ruibarbo para purgar la demasiada cólera suya*». Aquí Cervantes utiliza el producto en forma figurada, para «expurgar» ciertos libros que le provocaron su trastorno; sería «evacuar» de alguna manera, todo aquello que le hacía ser un hombre de carácter bilioso. En el *capítulo 58*, hay un reconocimiento de su estado por el protagonista: «*Yo no*

debo estar en mi juicio pues tales disparates digo y pienso». En otro lugar, dijo Tosilos a Sancho: «*Sin duda, este tu amo, Sancho amigo, debe ser loco. ¿Cómo debe?* –respondió Sancho–: *No debe nada a nadie; que todo lo paga, y más, cuando la moneda es locura... ¿qué aprovecha? Y más agora, que va rematado, porque es vencido del Caballero de la Blanca Luna*».

Sin embargo, tras una larga y magnífica arenga de Don Quijote donde la razón, la moral y el sentido común están presentes, comenta Sancho entusiasmado: «*¿Es posible que haya en el mundo personas que se atrevan a decir y jurar que este mi señor es loco?*». Podríamos preguntarnos también: ¿qué locura es esta? Es probable que Cervantes quisiera reflejarse así mismo, no pretendía significarse como un consumado loco; tal vez fuese una angustia delatadora de su vida.

Es obvio, que tanto Don Quijote como Sancho, son dos figuras fruto del pensamiento íntimo del autor, es decir Don Quijote y Sancho podrían ser dos particularidades de la expresión de la personalidad de uno sólo, su creador.

No faltan floridas descripciones de crisis de epilepsia: En el *capítulo 47-II*, El Labrador al Gobernador Sancho: «*...mi hijo es endemoniado, y no hay día que tres o cuatro veces no le atormenten los malignos espíritus; y de haber caído una vez en el fuego tiene el rostro arrugado, como pergamino, y los ojos llorosos (entropión) y manantiales...se aporrea y se da puñadas él mismo...*». Probablemente entrara en un estado de sopor con hipopnea y sialorrea, trismo y morde-



duras linguales (38); la descripción es sugerente de crisis epiléptica.

Los males comunicados si no alcanzan sanidad, alcanzan alivio.

(Miguel de Cervantes)

Cervantes fue «internista». Si tratamos de hacer una «historia clínica», en la anamnesis implícita en la obra, nos encontraremos con muchas alusiones a la salud, como catarros epidémicos (algunos podrían ser consecuencia de tuberculosis), infecciones (calentura pestilente) En este sentido (19-I), recordamos el detalle de la comitiva compuesta por unos frailes que transporta un cadáver (39) desde Baeza a Segovia. Interroga Don Quijote respondiendo uno de ellos: «es un caballero que murió en Baeza... llevamos sus huesos a su sepultura, que está en Segovia, de donde es natural...». Tal vez quisiera Don Quijote mirar los huesos de la litera, pero no le dejaría Sancho. ¿Y quien lo mató?, pregunto Don Quijote: «Dios, por medio de unas calenturas pesti-

lentes que le dieron —respondió el Bachiller—. Probablemente conoció la peste procedente de Flandes que llegó al corazón de España; epidemia estudiada por Luis Mercado (1520-1606) (40).

Respecto a otra infección agresiva de la época, la viruela, es destacada varias veces; en los capítulos 47 y 48 de la II parte, siendo Gobernador Sancho, éste se entrevista con el labrador, quien cuenta que su futura nuera tiene tremendos hoyos en el rostro.

Cervantes también (22-II) menciona la sífilis (traída por los marineros del primer viaje de Colón, de aquí a Flandes y luego a Francia): «...Olvidósele a Virgilio de declararnos quién fue el primero que tuvo catarro en el mundo y el primero que tomó las unciones para curarse del morbo gálico». Sabemos que el *morbis gallicus*, el conocimiento del contagio de la enfermedad o mal napolitano, sería cantado por el médico humanista Fracastoro (1483-1553) en su poema *Syphilis sive Morbus Gallicus* (1530), título del que procede su nombre actual (41). Al respecto del posible contagio, en uno de los párrafos, el autor del Quijote dice: «A la puerta dos mujeres mozas, destas que llaman del partido (rameras públicas, posiblemente afectadas), (...)».

(38) Aunque no se relata este signo de traumatismo lingual.

(39) ¿Don Juan de Austria?

(40) «El Santo Tomás de la Medicina» le llamaban. Fue una de las más terribles pestes de todos los tiempos.

(41) Fundador de la epidemiología moderna. Tres obras son las más conocidas: la nombrada; otras filosófica: De simpatía et antipathia rerum (1545); y su genial opúsculo (como dice Laín): De contagione et contagiosis morbis (1546).

La sífilis, en muchas ocasiones, se confundió con otras venereopatías, pues algunas de ellas tenían una progresión crónica, y tal vez hasta la muerte; otras veces podría confundirse con la lepra, enfermedad epidémica divulgada desde la época de los fenicios, y seguramente conocida por Cervantes; incluso con el bejel, enfermedad infectocontagiosa parecida a la sífilis. Su curiosa y permanente labor analítica, hacía buscar los detalles más nimios ante las deformidades que causaba, dejando su impronta en la obra (Describe personas con mano gajo-dedos rígidos).

Otro tanto hace sobre la sarna y la malaria (mal aria: aire corrompido), que afectó con gran agresividad a casi toda Europa, y que en el siglo de Cervantes aún era conocida como «fiebre intermitente». Aparece al respecto una discusión de Sancho quien dijo: «comenzó a dar diente con diente como quien fiere frío de cuartana» (19-I). Por el comentario, podría pensarse en un proceso de esta naturaleza.

Menciona las diarreas con cierta frecuencia (10-I); lo mismo que los vómitos para los que cita muchos remedios. Seguramente, el autor, conocía el bálsamo de Fierabrás (42): elemento primordial para solucionar el dolor y otras enfermedades; lo creía casi milagroso. *En el capítulo 10-I*, se dice: «Es un bálsamo –respondió Don

Quijote–, de quien tengo la receta en la memoria,...». Así, cuando a Sancho fatigado le ofrecieron un jarro de agua, Don Quijote comentó: «Hijo, Sancho, no bebas agua; hijo, no la bebas, que te matará. ¿Ves? Aquí tengo el santísimo bálsamo –y enseñábale la alcuza del brebaje–, que con dos gotas que dél bebas sanarás sin duda». Sin embargo Sancho, cuando se le nombraba la pócima, decía: «“maldito brebaje” (...) se me revuelve el alma, cuando más el estómago (...) Cuando el brebaje hizo su aparición y comenzó el pobre escudero a desaguarse por entrambas canales (...)». Por el contrario Cervantes, recurre a los laxantes cuando su escudero se excede en las comidas. Sus relatos muestran un conocimiento excepcional de los trastornos intestinales.

Don Miguel se hace eco de la utilización de la nieve (15-II): «Y aun hay un autor secreto, y de no poco crédito, que dice que, habiendo cogido al Caballero del Febo con una cierta trampa que se le hundió debajo de los pies, en un cierto castillo, y al caer, se halló en una honda sima debajo de tierra, atado de pies y manos, y allí le echaron una destas que llaman melecinas, de agua de nieve y arena, de lo que llegó muy al cabo...». Recurre a esta terapéutica para aliviar, o bien martirizar, al caballero (43). A veces pone en boca de San-

(42) Derivado de la triaca griega y medicina árabe; Fier-a-bras, gigante que llevaba el bálsamo empleado en la unción del cuerpo de Jesús.

(43) La nieve era con frecuencia nombrada por los autores de los siglos XVI y XVII. Micón: Alivio de sedientos; Monardes: «Libro que trata de nieve y sus propiedades, y del modo que se ha de tener en el beber enfriado con ella: y de los otros modos que ay de enfriar».

cho los «...cañutos de jeringa», que no eran más que artilugios útiles para las lavativas. (44).

«De los zapateros decía que jamás hacían, conforme a su parecer, zapato malo; porque si al que se le calzaban venía estrecho y apretado, le decían que así había de ser, por ser de galanes calzar justo, y que en trayéndolos dos horas vendrían más anchos que alpargates; y si le venían anchos, decían que así habían de venir, por amor de la gota» (45).

Las referencias sobre la gota (mal caduco) son variadas, algunas de ellas históricas, como la que padeció César, quien, al parecer, se curó de su mal con una estricta dieta.

No se olvida de la ictericia, coloración amarillo verdosa de la piel y conjuntivas; ni de la astenia, agotamiento que reitera con frecuencia («...la salud de don Quijote depende de su reposo» (65-II).

Es extenso el repertorio de los aspectos sexuales: (46) pederastia, travestismo, etc. «iQue tengo de ser tan desdichado andante, que no ha de haber doncella que me mire que de mí no se enamore!». Don Quijote presume. En el capítulo 46-II parte, responde Sancho: «No es eso... esta señora que se dice ser reina del gran reino Micomicón, no lo es más que mi madre; porque a ser lo que ella dice, no se

anduviera hocicando (buscando) con alguno de los que están en rueda...». Detalles sobre perlesia (parálisis): «...Perlerines no le viene de abolengo, ni otra alcurnia, sino porque todos los deste linaje son perláticos». No sabemos si por un problema neurológico genético, o tal vez se refería a algún proceso en cuyo fondo podría haber una manifestación artrítica invalidante.

Hay bastantes datos de los desmayos y lipotimias (36-I), sadismo, sonambulismo, etc.; y revela ideas sobre los sueños angustiosos. En un lugar de la obra se lee: «A Cardenio se le mudó la color (...) clavó los ojos en el suelo (...) Abrió los ojos fijamente (...) apretando los labios y enarcando las cejas. Se cayó al suelo». ¿Colapso?

Ofrece un recuerdo sobre perversiones del apetito y del gusto (coprofagia, pica o geofagia); en este sentido, hay una conversación entre Lotario y Anselmo respecto a la virtud de Camila: «...Prosupuesto esto, has de considerar que yo padezco ahora enfermedad que suelen tener algunas mujeres, que se les antoja comer tierra, yeso, carbón y otras cosas peores, aunque asquerosas para mirarse (cambiar el color), cuanto más para comerse» (33-I) (47).

Las descripciones sobre hiperhidrosis, son abundantes: «Sancho dio con su

(44) La crioterapia en la medicina del Renacimiento, fue muy utilizada para las hemorragias, aliviar cólicos hepáticos, fiebres, gangrenas.

(45) Licenciado Vidriera.

(46) Capítulos: 16-I, 18, 41-II, 44-II.

(47) Es conocido, que por instinto los animales, y posiblemente los humanos, sin saberlo, precisan la ingesta de sales y productos cálcicos para su soporte óseo. Era una época de carencias alimentarias.

amo en la cama arropándole para que sudase la frialdad de su baile (...) ni con el baladrón de paño leonado que pudiera hacer sudar en aquel tiempo al mismo hielo» (42); «un trago de vino, que seca, y que alguien le enjuge el sudor porque se hace agua (53)», diría Sancho. «(...) Sudaba y trasudaba con tales paroxismos y accidentes... pensaron que se le acababa la vida, se levantó muy aliviado (17-I)».

Sospecho que su gran observación le llevaría a conocer las enfermedades endocrinas. En el capítulo 39, «...¿adonde podrá ir una dueña con barbas?... Pues aun cuando tiene la tez lisa y el rostro martirizado, con mil suertes de menjurjes y mudas, apenas halla quien bien la quiera, ¿qué hará cuando descubra hecho un bosque su rostro?...» (48). Diversas son las referencias sobre el enanismo y gigantismo: «La altura de su cuerpo fuera cosa de admiración pero no puede ser, a causa de que ella está agobiada y encogida, y tiene las rodillas en la boca» (16 y 47). Reverte, hace una magnífica distinción entre enanos acondroplásicos («...el feo y pequeño enano...») y pituitarios (éstos no necesariamente feos).

En el contenido de otros pasajes, Cervantes, apoyándose en la Biblia, hace los famosos relatos de gigantes, que bien podrían ser transcripciones de este libro («En gigantes, —respondió Don Quijote—, ...hay diferentes opiniones si los ha habido o no en el mundo; ...aquel filisteazo (gigantazo

emplea en otra ocasión) de Golias, que tenía siete codos y medio de altura...»); enfermedad de supuesto fondo endocrino.

En el Quijote vemos costumbres sanitarias, y algo que no ha cambiado en la demanda del enfermo: consuelo, experiencia, sosiego y seguridad. En el capítulo 18-I: «El caballero andante (...) ha de ser jurisperito y saber las leyes de la justicia...ha de ser teólogo (...) ha de ser médico y principalmente herbolario (...) ha de ser astrólogo (...) ha de saber matemáticas, porque a cada paso se le ofrecerá tener necesidad dellas».

Y es que Cervantes le preocupa la salud continuamente, tanto es así que pone en boca de Don Quijote: «El principio de la salud está en conocer la enfermedad y en querer tomar el enfermo las medicinas que el médico le ordena (60-II); (...) y no os canséis en persuadirme (...) porque ha de aprovechar conmigo lo que aprovecha la medicina recetada de famoso médico al enfermo que recibir no la quiere» (27-II).

Hablando Merlín con Sancho sobre la azotaina: «...dar de sí desta disciplina, y creedme que os será de mucho provecho, así para el alma como para el cuerpo: para el alma, por la caridad con que la haréis; para el cuerpo, porque yo se que sois de complexión sanguínea, y no os podrá hacer daño sacaros un poco de sangre». (Cervantes conocía, por el recuerdo que tenía de su padre, el be-

(48) ¿Virilismo adrenal o gonadal?

neficio que suponía la sangría en este tipo de personas).

El alcaláino fue experto en «*nutrición*». En este sentido, hay gran información sobre la comida en el capítulo 47-II: «*No se ha de comer, señor Gobernador (...) Yo, señor, soy médico y estoy asalariado en esta ínsula para serlo de los gobernadores della, y miro por su salud (...) esas no comerá el señor Gobernador en tanto que yo tuviere vida*». A Sancho le impedía comer una y otra vez hasta que no certificase que la comida estaba en buenas condiciones. El médico de la «*varilla*» dijo: «*...nuestro maestro Hipócrates, norte y luz de la Medicina (...) dice: Omnis saturatio mala, perdicis autem pésima*». «*Toda har-tazgo es mala; pero la de las perdicis, malísima*». Cervantes vuelve a apoyarse en aforismos hipocráticos. Respecto a la dieta de sus principales personajes, la propone distinta como corresponde a su contextura: delgadez y obesidad. Mientras Don Quijote recomienda que la comida ha de ser escasa para poder mantener una vida sana, aunque a veces él desfalleciera (49) por el hambre (incluso pudo llegar a la anorexia (50) poniendo en peligro su integridad física), a Panza le cataloga como obeso glotón (bulimia de Sancho); quien tiene embotamiento, pereza, dificultad para respirar debido a los empachos, y dispepsias que le provocan mal carácter.

El protagonista aconseja: «*Ten en cuenta Sancho de no mascar a dos carrillos, ni de eructar delante de nadie*» (43); y seguía diciendo: «*Come poco y cena más poco, que la salud de todo el cuerpo se fragua en la oficina del estómago (...)*». En una reproducción del aforismo hipocrático: «*Hijo mío, yo como para poder vivir, y no vivo para comer (...) todo lo mucho es enemigo de la naturaleza (...). Sé templado en el beber, considerando que el vino demasiado ni guarda secreto ni cumple palabra*». Tal vez bebiese en exceso Panza, hecho que pudo provocarle, o bien ya lo tenía, un proceso hepático (¿esteatosis?): «*boca seca y saliva pastosa*» con gastritis persistente.

Sancho, en otro momento, pretende ser experto, y trata de dar consejo a Don Quijote: «*...no hay mayor locura que la que toca en querer desesperarse como vuesa merced (...) después de comido, échese a dormir un poco (...) verá cómo cuando despierte se halla algo más aliviado*» (59-II). Hasta 88 alimentos menciona Cervantes en la obra según el citado Reverte.

En otro lugar recuerda Don Quijote: «*Hágote saber señor Sancho, que es hora de los caballeros andantes no comer en un mes*» (aunque el amo tuviera ganas de hacerlo, pero se lo impide sus ideales) Continuamente, Cervantes, pretende recordar sus antiguas desdichas en el cautiverio: «*...el mayor contrario que el amor tiene, es el hambre y la continua necesidad*».

(49) Ya referido: «*estaba tan seco y amojamado que no parecía sino hecho de carne momia*».

(50) Hecho que posiblemente, le provocase anemia, según Reverte, aunque hay anoréxicas sin anemia.

Hay descripciones sobre halitosis (fotor ex ore) Al parecer Altisidora tenía halitosis, y lo refiere Doña Rodríguez: «Además no está muy sana, pues tiene un cierto aliento cansado que no hay sufrir estar junto a ella en un momento» (48-II).

«No comas ajos ni cebollas, porque no saquen por el olor tu villanería» (44). En casi todas sus obras, las citas sobre medicina práctica están presentes; como lo vemos en el pasaje de El Juez de los Divorcios. Dice Mariana: «El invierno de mi marido y la primavera de mi edad; el quitarme el sueño, por levantarme a media noche a calentar paños y saquillos de salvado para ponerle en la ijada; el ponerle, ora aquesto, ora aquella ligadura, que ligado le vea yo a un palo por la justicia; el cuidado que tengo de ponerle de noche alta cabecera de la cama, jarabes lenitivos, porque no se ahogue del pecho; y el estar obligada a sufrirle el mal olor de la boca, que le güele mal a tres tiros de arcabuz».

Hay una observación interesante de tipo cardiológico, cuando dice: «murió de un cierto espanto que tuvo» (48) (51).

En otro momento empleó el término «pictina» (52) para indicar que el emplasto se colocaba sobre el tórax: «...sobre el corazón para desahogarlo y alegrarlo» (58-II). En una oca-

sión Sancho comentó: «Váyase el muerto a la sepultura y el vivo a la hogaza» (53). El propio Don Quijote, tal vez por sus emociones o por miedo, indicó: «...el corazón me reviente dentro del pecho...» (20) (54). Señala un singular detalle: advierte que el corazón que le arrancó al caballero Durandarte era grande y pesado (55).

*¡Oh mi primo Montesinos!
Lo postrero que os rogaba,
que cuando yo fuese muerto,
y mi ánima arrancada,
que lleves mi corazón
a donde Balerma estaba,
sacándome del pecho,
ya con puñal, ya con daga.*

(141 pasajes hay en el Quijote sobre el corazón).

De cualquier manera, Don Quijote siempre tiene presente la muerte, aunque frecuentemente en sus andaduras diga lo contrario. Y es que Cervantes tuvo múltiples ocasiones en las que creyó que había llegado su último día; como lo recuerda en el capítulo 40-I: «Azán Bajá cada día ahorcaba algún presidiario, empalaba a éste o desorejaba a aquél». ¿Serían vivencias del autor en el ambiente penitenciario de Argel?

Y en el capítulo 38-II, tal vez recordando el cancionero general de Hernando del Castillo, exclama:

(51) Corazón sobrecargado producto de una salva de catecolaminas. Es lo que conocemos como cardiopatía del estrés.

(52) Medio que se creía relajante para el corazón.

(53) El muerto al hoyo y el vivo al bollo, decimos ahora.

(54) Don Quijote, por la situación que atravesaba, tal vez tuviese taquicardias.

(55) ¿Una hipertrofia cardíaca?

*«Ven muerte, tan escondida,
que no te sienta venir,
porque el placer de morir
no me torne a dar la vida».*

Cervantes es exquisito en el aseo corporal («No hay tanta diferencia de mí a mi amo que a él le laven con agua de ángeles y a mí con lejía del diablo», manifestaría Sancho en el Capítulo 32). A uno lo hace lavarse con «agua de rosas», y con un desinfectante para la suciedad al otro.

Justifica la pediculosis cuando el principal protagonista dice: «que todo caballero andante lo sufre». Sin embargo no encuentro significativas referencias al tifus exantemático o petequial (56), que fue estudiado en España por los grandes representantes del empirismo clínico (57).

Son interesantes las referencias sobre los baños de sol como creencia de su poder salutífero; y como dice el refrán: «donde entra el sol no entra el Doctor». Si bien en otro apartado hace alusión al exceso de sol. «...caminaba tan despacio, y el sol entraba tan aprieta y con tanto ardor, que fuera bastante a derretirle los sesos, si alguno tuviera» (58).

También hay referencias sobre otras especialidades; como las enfermedades de los ojos: Estrabismo («de edad de 30 años, al mirar metía el un ojo en el otro un poco». [22-I]); posiblemente otro defecto de Maritornes y

Clara Perterina. Se detiene en la descripción de un ectropión cicatricial: «...por haber caído una vez sobre el fuego, tiene el rostro arrugado como pergamino y los ojos algo llorosos y manantiales» (48); Cataratas: «...ya que el maligno encantador que me persigue ha puesto nubes y cataratas en mis ojos...» (10-I) (59). Cervantes conocía lo que eran cataratas; y vuelve con Sancho, que descubre la fealdad que puede tener Dulcinea, «...tenía cataratas en los ojos y mal olor en la boca» (16-I); además refiere varias veces personas con gafas (anteojos), etc.

La referencia dental en la obra (caries) es frecuente, como indica el amo: «debe estar presente hasta en los campos de batalla». Recomienda la limpieza de los dientes: «se quedará recostado sobre la silla mondándose los dientes como de costumbre» (...) «Lo primero que te encargo es que seas limpio y que te cortes las uñas sin dejar crecer como algunos hacen» (43-II). Consejos de Don Quijote a Sancho ante la inminente entrada como gobernador.

De igual manera sospecha que los problemas dentales pueden provocar reumatismo y frecuentes catarros (60). Don Miguel ofrece un pasaje con sangrado de las encías (gingivorragias); y da un gran valor a la dentadura, recordando la falta de piezas

(56) Febris lenticulares o petequial de Fracastoro.

(57) «Tabardillo pintado»: Luis Mercado, Alfonso López de Corella y Luis de Toro.

(58) Ahora diríamos golpe de calor.

(59) La extracción de las cataratas se hacía en las ferias y en los mercados por empíricos ambulantes; naturalmente con la gran cantidad de cegueras correspondientes.

(60) ¿Intuye focos sépticos a distancia, como causa de enfermedad sistémica?

del protagonista. Don Quijote conviene con Sancho la importancia de perderlas: *«llegó una almendra (piedra) y dióle en la mano (...) tan de lleno, llevándole de camino tres o cuatro dientes y muelas en la boca (...) llégate a mí y mira cuantas muelas y dientes me faltan»* (...). *Sancho estaba tan cerca, que casi le metía los ojos en la boca* (...). En este momento, por haber ingerido el bálsamo, que le hizo gran efecto, vomitó Don Quijote: *«...arrojó de sí, más recio que una escopeta, cuanto dentro tenía (...) dio con todo ello en las barbas del compañero escudero»* (...) *«Pero dame acá la mano y atíentame con el dedo, y mira cuantos dientes y muelas me faltan deste lado derecho, de la quijada alta que allí siento dolor»* *«¿Cuántas muelas solía tener vuestra merced en esta parte? Cuatro, fuera de la cordal, todo enteras y muy sanas (...) nunca se me ha caído, ni comido de negujón (caries) ni de reuma alguna»* –respondió Don Quijote *«Pues en la parte de abajo (...) no tiene vuestra merced más de dos muelas y media; y en la de arriba, ni media, ni ninguna; que todas está rasa como la palma de la mano»* (...) *«Porque te hago saber, Sancho, que la boca sin muelas es como molino sin piedra, y en mucho más se ha de estimar un diente que un diamante»*. *«Quedó Don Quijote, después de desarmado (...) seco, alto, tendido, con*

las quijadas que por dentro se besaba la una con la otra» (31-II). Nuestro protagonista estaba desdentado. Bastantes son las referencias a la nariz siendo una preocupación de Cervantes (11-I); y menos los detalles sobre las enfermedades del oído pues por las descripciones que hace, no es sencillo colegir un diagnóstico exacto, es decir, si se trataba de un proceso de oído medio o interno. En un pasaje, tras unos lances con los batanes, Don Quijote diría: *«aquél incesante golpear que nos hiere, lastima los oídos»* (XX) (61); y respecto a las de la garganta, indica el manchego: *«Por Dios, señor; que Dulcinea ha dicho la verdad, que aquí tengo el alma atravesada en la garganta como una nuez de ballesta»* (35-II). O cuando Sancho se refiere a la laringe: *«Desa manera vuesa merced, que me habla, debe ser mi señor Don Quijote de la Mancha, y aún en el órgano de la voz no es otro sin duda»* (55-II). Por la época en que se plasmaba la segunda parte, Cervantes debió conocer médicos que habían pasado por la corte y trataron temas al respecto (62).

Hay un juicio, diríamos de conducta y educación, cuando Don Quijote indica: *«¿no sientes un olor sábeo (olor a incienso)? (...) Digo, ¿un tufo o tufó como si estuvieras en la tienda de algún curioso guantero?»* (...). Contesta Sancho: *«...es que sentí un*

(61) Se intuye la posible agresión como trauma acústico que le provoca algiacusia.

(62) Juan de Villareal de Úbeda (1611): *«Morbus soffocans»*; Juan Alfonso Ruizibus de Fontecha: *«Disputationes... sobre la naturaleza de las anginas, su especie, causas, diversas formas de curar... lo que se llamaba garrotillo»*; Francisco Pérez Cascales de Guadalajara: *«Liber De Affectionibus puerorum...»*.



Pero el gato, no curándose destas amenazas... Barneto, 1875.

olorcillo algo hombruno (...) No sería eso —respondió Don Quijote—, sino que tu debías estar romadizado (acatarrado), o te debiste de oler a ti mismo». Supongo que Don Quijote tampoco debía de oler muy bien.

En el capítulo 20-I, en un bosque algo misterioso, Sancho nota miedo y siente que ventosea temerosamente a lo cual, con su finísimo olfato, Don Quijote le dice: «En que ahora más que nunca hueles, y no a ámbar (...) Bien podrá ser —dijo Sancho—, más yo no tengo la culpa, sino vuestra merced, que me trae a deshoras y por estos no

acostumbrados pasos: Retírate tres o cuatro más allá, amigo (...) desde aquí en adelante ten más cuidado con tu persona...».

Miguel de Cervantes conocía la «traumatología». Reverte ha profundizado en el texto y encuentra 136 citas por traumatismos, pero es precisamente la descripción del aspecto de las lesiones lo que llama la atención. En el capítulo 10-I; Don Quijote indica a Sancho: «...y agora curémonos, que la oreja me duele más de lo que yo quisiera». Sancho trajo de las alforjas hilas y unguento. Y en 11-I: «...que me vuelvas a curar la oreja, que me va doliendo más de lo que es menester (...) El cabrero vio la herida. Y tomando hojas de romero, de mucho que por allí había, las mascó y las mezcló con un poco de sal, y aplicólas a la oreja».

Don Quijote, atacado por un gato, quedó herido en el rostro: «...acribado el rostro y no muy sanas las narices (...) Hicieron traer aceite de Aparicio (46-II) (63) Altisidora, con sus blanquísimas manos, le puso unas vendas por todo lo herido...» (34-II). Los remedios a los que recurre el autor son variadísimos para el tratamiento de cualquier tipo de herida o excoiación (64). Cervantes, como en tantas ocasiones, decide la utilización del antiguo y rural recurso del alcohol para lavar y desinfectar las heridas, para ello usa el vino: «...para evitar que se infecten».

En el 17-I: «Bien es verdad que aún Don Quijote se estaba boca arriba

(63) Aceite inventado en el siglo XVI.

(64) Juan de Vigo, ideó un procedimiento para las heridas, sobre todo de arma blanca.

sin poderse menear, de puro molido y emplastado...». Sancho solicitó: «Señor quienquiera que seáis, hacednos merced y beneficio de darnos un poco de romero, aceite, sal y vino que es menester para curar uno de los mejores caballeros andantes...».

En otra de las caídas del Quijote (16-I): *«...y luego la ventera y su hija le emplastaron de arriba abajo, alumbrados por Maritornes (65) al bizmalle (...) viese la Ventera tan acardenalado a partes a Don Quijote, dijo que aquello parecían más golpes que caídas. No pueden ser golpes –dijo Sancho–; sino que las piedras tenían muchos picos y tropezones y que cada uno había hecho un cardenal».* En el mismo capítulo se señala: *«Que no han de bastar todos los emplastos de un hospital para ponerlos en buen término».* Probablemente se refería a los mismos emplastos de «biznas» (66).

Tanto las caídas, las posturas erguidas y forzadas de un hombre mayor como era Don Quijote, debieron provocar ciertos dolores pero no se quejaba en exceso. En una de sus cabalgadas, Sancho le aconsejó: *«...pero, enderécese un poco vuesa merced, que parece que va de medio lado y debe ser del movimiento de la caída».* ¿Pudo tener algún tirón lumbar? *«Don Quijote no se queja de dolor, porque no es dado a los caballeros andantes quejarse de herida alguna, aunque se le salgan las tripas por ella».*



...luego la Ventera... Le emplastaron de arriba abajo... Ferrant y Martínez, 1859.

Sansón recibió una paliza, y acerca de ello se inicia una conversación entre éste y Tomé Cecial: *«En esto fueron razonando los dos, hasta que llegaron a un pueblo, donde fue ventura hallar un algebrista (67), con quien se curó el Sansón desgraciado».* En el capítulo 2-II (es cómico), a Sancho le arman con urgencia para defender a los suyos como Gobernador *«...y le liaron muy bien con unas cuerdas las piernas (...) quedó entablado (...) sin poder doblar las rodilla»:* *«¿Cómo tengo de caminar desventurado yo –respondió Sancho– que no puedo jugar las choquezuelas (las rótulas) de las rodillas, porque*

(65) Le llamaban así porque los huéspedes le indicaban que tornase.

(66) Emplasto hecho con estopa, aguardiente, mirra, incienso y otros.

(67) El que concierta –que reduce– los huesos desencajados y quebrados.

me lo impiden estas tablas que están cosidas tanto en mis carnes?».

Cervantes utiliza muchas veces en su obra la palabra «dislocación» (luxación), tanto para indicar que algo está fuera de lugar, como para indicar que un hueso está salido de su articulación. Y en otro lugar Sancho, tras recibir una pedrada, queda con las costillas «brumadas», cayendo al suelo con pérdida de conocimiento (68). Recuerda que una de las consecuencias de los traumatismos era el dolor de cabeza, las cefaleas; y en varias ocasiones manifiesta: *El hidalgo y su escudero las sienten constantemente, debido a los traumatismos*. Concretamente en el capítulo 38, Sancho describe el dolor cabeza: *«Desde el punto del espinazo hasta la nuca del cerebro, le dolía de manera que le secaba el sentido».*

Sabía «dermatología». Habla de posible dermatitis seborreica en el capítulo 44-II; Altisidora, con el arpa, canta un Romance (que pretende ser heroico; y que algunos autores (69) creen ver un soporte de Cervantes en la obra de Mateo Alemán: «Pícaro Guzmán de Alfarache»). Bello romance, aunque (es mi juicio) se estropea precisamente en este décimo verso:

(...)

*«¡Oh! Quien se viera en tus brazos,
o si no, junto a tu cama,
rascándote la cabeza
y matándote la caspa! (...).».*

El empleo de la cauterización era de utilización frecuente (70), e indica (aquí de forma figurada), cómo Ricote refiere la expulsión de los moriscos: *«Todo el cuerpo de nuestra nación está contaminado y podrido (...) Usa con él antes del cauterio que abrasa que el unguento que modifica».* Nombra los nevus y lunares, destacando uno piloso de Dulcinea (10-I); y en el 20 refiere un tratamiento cosmético. El empleo y aplicación tópica de gran grupo de hierbas es patente: *«las hierbas que tienen virtud de sanar las heridas» (18-II)*. Don Quijote, en una ocasión se comporta como hombre práctico, recomienda la necesidad de llevar en su «equipaje», por si le hieren: *«...hilas y unguentos para curarse» (3-I)* (que no son más que hilos hervidos). También hay citas sobre bálsamos, agua milagrosa, unguento blanco y de baselión, emplastes de romero y de blanco (71). Es posible que conociera la obra de Monardes *Historia Medicinal de las cosas que se traen de nuestras Indias Occidentales que sirven de Medicina* (en la que hay referencias).

Cervantes se muestra como urólogo. Don Quijote habla con uno de los galeotes (hombre entrado en años), el cautivo se lamentaba de su apresamiento y de su padecer: *«no me aproveché nada este buen deseo para dejar de ir a donde no espero volver, según me cargan los años y un mal*

(68) ¿Sufrió traumatismo craneal en la caída? ¿Sufrió un síncope por el dolor?

(69) Rodríguez Marín (1655-1943), gran cervantista; sucesor de Menéndez Pelayo como director de la Biblioteca Nacional.

(70) La reparación de las heridas en esa época, Valles introduce nuevos métodos.

(71) Albayalde: cera blanca y aceite de oliva, o de jabón de plomo.

de orina que llevo que no me deja reposar un rato» (22-II). Trato ver un proceso de probable crecimiento prostático. En otro momento (18-II) indica: «Ciñose su buena espada que pendía de un tahalí de lobos marinos; que es opinión que muchos años fue enfermo de riñones». Aquí la patología debía ser crónica; ¿era simplemente una lumbalgia o podría tratarse de una enfermedad renal?

Especifica un padecimiento secreto que la Duquesa padece, y es denunciada a Don Quijote por el ama: «...a dos fuentes (llagas) que tiene entre las dos piernas, por donde desagua todo el mal humor de quien dicen los médicos que está llena ...pero de tales fuentes y en tales lugares no deben de manar humor, sino ámbar líquido (...) verdaderamente ahora acabo de creer que esto de hacerse fuentes es cosa importante para la salud» (48). No hay ninguna aclaración de la enfermedad a que se refiere Cervantes; me atrevería a pensar que podría ser una gonorrea o chancro; sin desestimar la apertura que se hacía en la piel en la que se introducía un drenaje con estopa para poder eliminar el absceso o «humores» (72).

No faltan opiniones y descripciones sobre «obstetricia y ginecología»: «no toma ocasión su amarillez y sus ojos, de estar con el mal mensil ordinario en las mujeres porque ha muchos meses y aun años que no tiene ni asoma por sus puertas» (23-I); diría Don Quijote. Cervantes, una vez más,

agudiza su sagacidad para indicar el disturbio menstrual. En el capítulo 12-I, el protagonista, recibe noticias del Cabrero quien le anuncia la muerte durante el parto de la madre de la pastora: «de pesar de la muerte de tan buena mujer murió su marido Guillermo» (40-II) «(...) soy viudo, porque se murió mi mujer, o, por mejor decir, me la mató un mal médico que la purgó estando preñada...». En el 47-II, dijo el Labrador. Además habla del carácter regañón de la menopausia. ¿Había leído: «Delirium affectioneibus eaurumque ecuratione» de Luis Mercado (1579)? (73). Cervantes señala la peligrosidad de los purgantes, sobre todo en los embarazos, pues no sólo pueden provocar abortos sino la muerte.

El escritor (44-II), aunque sea de paso, ataca el curanderismo: «Créeme, amigo, que es menester rogar a nuestro Señor... que nos libre a los dos de los malos hechiceros y de los malos encantadores». (No sabemos si para él había «buenos» hechiceros o encantadores, supongo que no).

Cervantes, como se advierte a lo largo de su obra, no sólo analizaba al personaje sino que se atrevía con un posible diagnóstico e incluso con el empleo terapéutico; no dejan de sorprenderme los conocimientos que tenía de medicina. Estoy de acuerdo con el estudio que expone el mencionado Reverte sobre este asunto: «Que Cervantes poseía conocimientos de Medicina muy superiores a muchos

(72) Sedales según Cervantes.

(73) Excelente médico del ambiente de los reyes Felipe II y Felipe III, y publicaría una gran obra de consulta: *Depulsus arte et armonía* (1584); posiblemente al alcance de Don Miguel.

de su época, está plenamente demostrado, y buena prueba de ello son la abundancia de observaciones y descripciones propias de un médico que aparecen a lo largo de la obra».

Es importante significar que Cervantes, aunque su inventiva fuera extraordinaria, no pudo improvisar tantos síntomas del relato, y menos los mentales. O, tal vez, como conspicuo psicólogo, simplemente expuso lo que creía ver y otros no advertían, o bien, adaptó a su obra lo que vivió. Por otro lado, como dice Lúdivik Osterc, Cervantes tuvo a su disposición los libros de su padre, donde recibiría sus primeras impresiones médicas. De cualquier forma, Cervantes, ya añoso, volcó su experiencia y sabiduría en el origen del pensamiento de su principal protagonista.

Al final de la obra (74-II), Don Quijote se confiesa a su escudero: «*Perdóname, amigo, de la ocasión que te he dado de parecer loco como yo, haciéndote caer en el error en que yo he caído, de lo que hubo y hay caballeros andantes en el mundo*». «...*Más agora ya triunfa la diligencia y la curiosidad del trabajo, el vicio de la virtud, la arrogancia de la valentía y la teórica de la práctica de las armas*» (I-I). Los consejos a Sancho tienen un calado profundo, son moralizantes.

En el capítulo 3-II, en referencia a ciertos escritos responde Cervantes: «*La historia es cosa sagrada; porque ha de ser verdadera, y donde está la verdad, está Dios, en cuanto a verdad; pero no obstante esto, hay algunos que así componen y arrojan libros de si como si fueran buñuelos*».



C. Nanteuil, 1844.

Y en «El amante liberal», nuestro hombre escribió: «*Lo que se sabe sentir se sabe decir*». Ambas citas, probablemente, dirigidas a autores de su entorno.

«..., las acciones que no mudan ni alteran la verdad de la historia no hay para qué escribirlas...».

Don Quijote ¿a Avellaneda y al pintor ubetense Orbaneja?

Cervantes es un hombre sentimental que valoró y defendió la libertad y la amistad como algo esencial: «*La libertad, querido Sancho, es el don más preciado que dieron los cielos; (...) por la libertad, así como por la honra, se puede y debe aventurar la vida, (...) el cautiverio es el mayor mal que puede venir a los hombres*» (II). Es el deseo de una liberación fí-

sica, al mismo tiempo que permite que vuele la intimidad de sus sentimientos. Respecto a la amistad, pretendo ver un elogio al compañerismo como actitud inquebrantable entre los dos amigos: «...¿Querrás tú decir agora, Sancho, respondió Don Quijote, que no me dolía Yo cuando a ti te mantenían?...Y si lo dices, no lo digas, ni lo pienses, pues más dolor sentía Yo entonces en mi espíritu, que tú cuerpo...». O bien: «...cuando la cabeza duele, todos los miembros duelen; y, así, siendo yo tu amo y señor, soy tu cabeza, y tu mi parte...y por esta razón el mal que a mi me toca, o tocare, a ti te ha de doler, y a mi el tuyo...». Refleja el alma del hidalgo capaz de dar la vida por su escudero. ¿Qué demencia esta? Simplemente es algo muy distinto, algo muy particular. Sancho contestaría más adelante: «...soy de aquellos no de quien naces, sino con quien paces...quien a buen árbol se arrima, buena sombra le cobija».

Las enseñanzas de una obra de este estilo y contenido, trasciende todos los ámbitos del conocimiento; así son interesantes las referencias de Erhlich cuando fue preguntado en sus clases sobre qué libro debería leerse para poder comprender bien el sufrimiento humano al tiempo que las mayores alegrías: «Es muy sencillo, amigo mío, lea con atención *El Quijote de la Mancha de Miguel de Cervantes*. Ahí encontrará lo más fundamental que necesita para alcanzar su meta como médico». De igual

manera se manifestaron Sydenhan y Cajal, pues pensaban que en *El Quijote* se aglutinaban todas las ciencias, incluyendo la medicina. «*Pocos médicos pueden, como Cervantes, ser capaces de reunir los requisitos científicos que se exigen para trazar la historia de una enfermedad, lo cual es cosa ardua y difícil*»: Sydenhan. Cervantes respetó mucho la medicina como ciencia, pero no opinó igual de ciertos médicos o boticarios.

IV. Anexo

Aun a riesgo de estar fuera de contexto, pretendo arriesgar en el tema. Me gustaría plasmar otro atributo del pensamiento humanístico de Cervantes; así nos introduce en otros aspectos de la intimidad: «...*Me acogía al entretenimiento de leer algún libro devoto, o a tocar mi harpa, porque la experiencia me demostraba que la música compone los ánimos descompuestos y alivia los trabajos que nacen del espíritu*». Recurre a la música como elemento adecuado para serenar el vigor y el ánimo; es una muestra más de su gran delicadeza: «*Haga vuestra merced, señora, que me ponga un laúd esta noche en mi aposento; que yo consolaré lo mejor que pudiere a esta lastimada doncella;...*».

A este respecto, y en los siglos posteriores, múltiples compositores se apoyaron en el argumento cervantino para hacer numerosas obras de zarzuela (74), cine, ballet, óperas, ope-

(74) La primera vez que se tiene noticias de la música al respecto, data de 1614, un ballet (Biblioteca Nacional de París).

Don Quijote.
Fantastische Variationen über ein Thema ritterlichen Charakters.

Introduction. Primo. Rich. Strauss Op. 35
Mässiges Zeitmass. *ritardando und capriccioso* *Espressivo con Ulla Singe.*

PIANO.

München, am 4. u. 5. März.
Copyright 1905 by G. Schönböck.

Página de la obra de Richard Strauss.
«Variaciones fantásticas sobre un tema
caballeresco».

retas y música popular. Entre ellas, permítaseme trasladar a la memoria una: la de Richard Strauss, comentada por nuestro paisano Joaquín Reyes Cabrera (75), quien enfatiza sobre el grandioso final de la obra: *«Don Quijote, en los últimos momentos de su vida, da gracias a Dios por haberle devuelto el juicio y convencido de que jamás hizo daño a nadie. La tranquila y apacible muerte de tan gran hombre, se refleja de manera realmente extraordinaria en los últimos compases del poema... Una última y escalofriante escala descendente del violonchelo, consi-*

gue el momento más patético y expresivo de la obra, y nos anuncia que la cabeza del genial Don Quijote, se inclina lentamente en el lecho de la muerte. El agonizante caballero acaba de morir...».

Tal vez por la novedad (diciembre 2005), es oportuno incluir en este momento la ópera: «El Caballero de la Triste Figura», cuyo autor, Tomás Marco, realiza con un prólogo y siete escenas una obra en las que Don Quijote y Sancho se lucen como protagonistas.

No me gustaría terminar este humilde comentario, sin convenir en el concepto que tuvo de los médicos, mejor, de los malos médicos. Unas veces utiliza a Don Quijote, y otras se aprovecha de Sancho en sus críticas.

«Médicos sin ciencia, largas hadas y poca conciencia» / «Médicos de Valencia, largas faldas y poca ciencia» / «Sangrías, lavativas y ventosas, y siempre las mismas cosas».

No es raro encontrar las calificaciones de sanapotras cuando pretende vejarlos (aunque también se conocía a ciertos sanadores que se ocupaban del tratamiento de la hernia). Otras veces les llama sacapotras, sacador de piedras. *Sancho se entristece al ver a Altisidora (76) ...y le dijo a su amo: «En verdad, señor, que soy el más despreciado médico que se debe hallar en el mundo, en el cual hay físicos (médico) que con matar al enfermo que curan, quieren ser paga-*

(75) Discurso de Ingreso en la Academia de Ciencias, Bellas Letras y Nobles Artes de Córdoba («También el Quijote es música»).

(76) Respecto a la confección de unas camisas.

dos de su trabajo que no es otro sino firmar una cedulilla de algunas medicinas que no las hace él, sino el boticario (71-II); Circulaba el adagio: *Donde no hay boticarios ni médicos, los hombres se mueren de viejos*. Francisco de Arceo (como Cervantes) al respecto (77), admitió esta distinción.

En una parte del Juez de los Divorcios, se lee una denuncia de una mujer que se casa con un señor que dice ser médico, cuando sólo era cirujano (78).

Pero también lo hace a los boticarios; en El Licenciado Vidriera: *«Esto digo, porque en faltando cualquier aceite, lo suple el del candil que está más a mano (...) boticarios que por no decir que faltaba en su botica lo que recibía el médico, por las cosas que le faltaban ponían otras que a su parecer tenían la misma virtud y calidad no siendo así; y con esto, la medicina mal compuesta obraba al revés de lo que había de obrar la bien ordenada»*. Es una observación ejemplar que distingue como esencial la profesionalidad como vocación. Cervantes huía de la polifarmacia de los boticarios. (79).

V. Reflexión final

Parece tarea imposible tratar de hacer una disección o análisis acabado sobre un tema como el de la personalidad del «manco de Lepanto», tan trillado pero a la vez tan complejo, como que siempre quedará algún resquicio, algún aspecto original y válido para nuevos estudios.

El autor del Quijote nos ofrece a través de su personaje inmortal lo que podríamos titular como «locura razonada»: un demente capaz de reflexionar mucho más lúcida y brillantemente que muchos cuerdos. En su modo de pensar y obrar, aunque hay elementos identificables con ciertas formas de enajenación mental, en especial con desorden bipolar, el cuadro clínico que nos ofrece muestra peculiaridades muy especiales, lo que nos autorizaría a hablar con propiedad de «locura cervantina».

En todo caso, además de su experimentado conocimiento del deterioro mental ajeno, en el dibujo del héroe protagonista entendemos que existen elementos muy propios, de la vida del autor, maltratado, vejado, perseguido, burlado frecuentemente y en definitiva, víctima de toda una serie de

(77) Hizo la distinción entre cirujanos: «Unos en quienes la instrucción, la experiencia, el honor y la buena fe residen en el más alto grado; otros hay tan ignorantes como vanos, que sobre no conocer la ciencia no quieren sujetarse al dictamen y consejos de los primeros; y otros, en fin, groseros, vagabundos, empíricos y rateros, usurpadores de la ciencia, andan de pueblo en pueblo». El universitario; el cirujano menor, hábil y experto; y el empírico trashumante, como dijo Lain Entralgo.

(78) El cirujano en la sociedad del siglo XVII, era muy inferior al de médico.

(79) Barón Conrado de Bemelberg (visitó España en 1599): *Dios libre a cualquier hombre honrado de las enfermedades de España y de sus médicos, quería decir asnos, pues la primera medicina que harán es sangrar a una persona y sacarles tanta sangre del brazo como si no fuera hombre, sino buey u otro animal grueso*.

injurias físicas y mentales. Sin renunciar a la denuncia, Cervantes se comporta empero como un hombre de bien, conocedor de la realidad de su entorno pero convencido de los valores esenciales que han de adornar al humano. Desde la óptica de sus propias dificultades, concibe una obra genial, al modo como Goya, con (y por) su cofosis, es capaz de crear cuadros inigualables.

Y desde nuestra modestia admirativa, queremos concluir el homenaje al genial escritor corrigiendo gustosa y justificadamente el título de este ensayo: a partir de ahora, y para siempre, hablaremos de CERVANTES, EL MÉDICO QUE FUE.

Mi agradecimiento al Doctor Don José María Sillero Fernández de Cañete, por su aguda y analítica visión sobre los temas médicos y cualificada autoridad humanística.

VI. Apéndice

Breve cronología de Miguel de Cervantes y Saavedra

1547. Miguel de Cervantes, es bautizado en la iglesia parroquial de Santa María la Mayor de Alcalá de Henares, el 9 de octubre, por lo que se supone que debió de nacer el día 29 de septiembre, San Miguel.

1553. La familia regresa a Alcalá y comienza su peregrinar por el Sur. En Córdoba se establece el abuelo Juan de Cervantes.

1556. Muere Juan de Cervantes.

1557. Muere Leonor de Torreblanca, esposa de Juan de Cervantes.

1564. Rodrigo, padre de Cervantes, está, quizás sin la familia, en Sevilla como médico y, de nuevo, endeudado.

1565. Luisa, hermana de Cervantes, ingresa en el convento carmelita de Alcalá, del que llegaría a ser priora (Luisa de Belén).

1566. La familia Cervantes cambia el domicilio a Madrid, donde el escritor se inicia en la poesía.

1568. Miguel es discípulo «caro y amado» de Juan López de Hoyos, quien le encarga cuatro poemas laudatorios, incluidos al año siguiente en Exequias de Isabel de Valois.

1569. Cervantes se traslada, de improviso, a Roma (quizás por haber herido en duelo a Antonio de Sigura), donde servirá de camarero al futuro cardenal Julio Acquaviva.

1570. Cervantes inicia su carrera militar, luego compartida con su hermano Rodrigo, en la compañía de Diego de Urbina.

1571. Desde el esquife de la galera Marquesa, Cervantes, enfermo, combate en la batalla de Lepanto, donde recibe dos disparos en el pecho y uno en la mano izquierda («El manco de Lepanto»). Queda tullido

1572. Aunque lisiado de la mano izquierda, sigue en la milicia (tercio de don Lope de Figueroa) y participará en varias campañas: Corfú, Modón, Navarino, Túnez, La Goleta, etc.

1573. Sirve en la compañía de Manuel Ponce de León, en Nápoles.

1574. Participa en las expediciones de don Juan de Austria.

1575. Provisto de cartas de recomendación de don Juan de Austria y

del duque de Sessa, Miguel de Cervantes embarca en Nápoles, rumbo a Barcelona, frente a sus costas es apresada su galera, *El Sol*, por Arnaute Mamí, y conducido a Argel, donde sufrirá cinco años de cautiverio.

1576. Primer intento de fuga fallido al ser abandonados por el guía moro. Escribe dos sonetos laudatorios a Bartolomeo Ruffino di Chiambery.

1577. Su hermano Rodrigo es rescatado por la Orden de la Merced. Segundo intento de huida fallido, por delación de *El Dorador*. Cervantes se declara único responsable y es encerrado en el baño del rey.

1578. Tercer intento de evasión, otra vez fracasado, y condena a recibir 2000 palos.

1579. Cuarto intento de fuga, junto con unos sesenta cautivos y la ayuda de Onofre Exarque, ahora abortado por la delación de Juan Blanco de Paz. Escribe unas octavas dedicadas a Antonio Veneziano.

1580. Los padres trinitarios fray Juan Gil y Antón de la Bella, rescatan a nuestro autor cuando estaba a punto de partir a Constantinopla. El 27 de octubre desembarca en Denia.

1581. Procura rentabilizar su hoja de servicios militares, sin conseguir más que una oscura misión en Orán, desde donde viaja a Lisboa para dar cuentas a Felipe II. A partir de este año debió de dedicarse al teatro de lleno (*Trato de Argel y Numancia*) con bastante éxito.

1582. Solicita a Antonio de Eraso, secretario del Consejo de Indias, ir América, sin resultado. Paralelamente,

se integra en las camarillas literarias y redacta *La Galatea*.

1584. Lucas Gracián Dantisco aprueba (1 de febrero) *La Galatea*. El joven escritor tiene una hija, Isabel de Saavedra, con Ana Franca de Rojas; pero a los dos meses se casa con Catalina de Palacios Salazar Vozmediano, a la que dobla en edad.

1585. Publica *La Galatea*. Muere su padre.

1586. Comienzan sus viajes al Sur.

1587. Se instala en Sevilla, en calidad de Comisario Real de Abastos para la Armada Invencible; cargo que le originaría unos quince años de andanzas por el Sur (Écija, La Rambla, Castro del Río, etc.), sin lograr más que excomuniones, denuncias y algún encarcelamiento.

1590. A principios de año está en Carmona, comisionado para requisar aceite en la región. De esta década son algunos poemas sueltos y varias novelas cortas: *El cautivo*, *Rinconete y Cortadillo*, *El celoso extremeño*, etc.

1591. Prosigue con sus requisas, ayudado por Nicolás Benito, por Jaén, Montilla, Úbeda, Estepa, etc.

1592. Se compromete, mediante contrato, a entregarle a Rodrigo Osorio seis comedias. El corregidor de Écija lo encarcela, por venta ilegal de trigo, en Castro del Río.

1593. Últimas labores como comisario de abastos, en la zona de Sevilla, por encargo de Miguel de Oviedo. Muere su madre. Publica el romance de *La casa de los celos*.

1594. Como comisario, se hace cargo de la recaudación de las tasas atrasa-

das en Granada, pero quiebra el banquero, Simón Freire de Lima, y terminaría otra vez encarcelado.

1597. Gaspar de Vallejo encarcela a Cervantes en Sevilla, de resultas de la mencionada bancarrota de Simón Freire.

1598. Muere Ana Franca de Rojas. Compose el soneto: «Al túmulo de Felipe II».

1599. Isabel, la hija del escritor, entra al servicio de su tía Magdalena bajo el nombre de Isabel de Saavedra.

1600. Cervantes sigue avecindado en Sevilla. Muere su hermano Rodrigo en Flandes.

1602. El escritor está en Esquivias.

1603. Sigue a vueltas con las deudas contraídas ante el erario público. El matrimonio Cervantes se instala en Valladolid, acompañado de toda la parentela femenina.

1604. Surgen las alusiones de Lope de Vega a Don Quijote. La licencia de impresión de la Primera parte del *El ingenioso hidalgo*, es del 26 de septiembre y la tasa del 20 de diciembre

1605. Se publica *El ingenioso hidalgo don Quijote de la Mancha*, en la imprenta madrileña de Juan de la Cuesta, a costa de Francisco de Robles, con éxito inmediato y varias ediciones piratas. Cervantes sufre un breve encarcelamiento en Valladolid, dictado por el juez Villarroel, por el asesinato de Gaspar de Ezpeleta a las puertas de su casa, debido a la mala fama de las «Cervantas».

1606. De nuevo Cervantes se instala en Madrid, donde luego se alojará en

diferentes calles (Madalena, Del León, Huertas) del barrio de Atocha.

1608. El matrimonio Cervantes está avecindado en el barrio de Atocha. Isabel de Saavedra queda viuda de Diego Sanz y se desposa, en segundas nupcias, con Luis de Molina.

1609. Cervantes ingresa en la Congregación de los Esclavos del Santísimo Sacramento del Olivar. Su mujer y su hermana Andrea ingresan en la Orden Tercera. Muere su hermana Andrea.

1610. Nuevos pleitos, ahora sobre la propiedad de la casa de su hija Isabel.

1611. El matrimonio Cervantes se traslada a la calle Huertas. Muere su hermana Magdalena.

1612. Muere su nieta Isabel Sanz del Águila. El célebre novelista asiste a las academias de moda, donde se codea, por ejemplo, con Lope de Vega. Las *Novelas ejemplares* están listas para la imprenta: llevan aprobación del 20 de septiembre y licencia del 22 de noviembre.

1613. Cervantes ingresa en la Orden Tercera de San Francisco, en Alcalá. Salen las *Novelas ejemplares*, en Madrid, por Juan de la Cuesta.

1614. Cervantes tiene muy avanzada la segunda parte del *Quijote* cuando aparece la continuación apócrifa de Avellaneda.

1615. El matrimonio Cervantes, se traslada a la calle de Francos. Se obtiene, por fin, la licencia el 30 de marzo, de la *Segunda parte del ingenioso caballero don Quijote de la Mancha*. Publica también (licencia del 25 de julio) sus *Ocho comedias* y

ocho entremeses nuevos nunca representados, en Madrid, por la viuda de Alonso Martín, a costa de Juan de Villarroel.

1616. Redacta la dedicatoria, al Conde de Lemos, del *Persiles* el 19 de abril. Enfermo incurable de hidropesía, el 22 de abril, una semana después que Shakespeare, el autor del *Quijote* fallece en la calle del León y es enterrado al día siguiente, con el sayal franciscano, en el convento de

las Trinitarias Descalzas de la actual calle de Lope de Vega.

1617. A principios de año, su viuda, publica *Los trabajos de Persiles y Sigismunda*, en Madrid, por Juan de la Cuesta. ◀

José Antonio Rosell Antón, *Coordinador de la Sección de Medicina I.E.G.*

Bibliografía

1. ALBARRACÍN TEULÓN, Agustín: *Historia de la enfermedad*. SANED 1987.
2. ALVAR EZQUERRA, Cervantes: «Genio y Libertad». *El Correo Digital*. 4 octubre, 2004.
3. ALONSO FERNÁNDEZ, Francisco: *El Quijote y la psiquiatría*. Real Academia Nacional de Medicina, ranam.insde.es/secciones/.
4. ALONSO, Héctor O.: «¿Tenía razón Sydenham? Una nota sobre las Humanidades y la Medicina». *Medicina*, vol. 58 n.º 1, 1998.
5. ARIAS SOLÍS, Francisco: *Los cincuenta años de don Quijote*. Revista, abril n.º 35.
6. BASAVE FERNÁNDEZ DEL VALLE, Agustín: *Filosofía del Quijote (un estudio de antropología)*.
7. BELLO, Andrés: «Autopsia al hidalgo». *La ciencia en el Quijote*, andresbello-merida.gev.ve/.
8. BELMAKER, R.H. Medical Progress: «Bipolar Disorder». *The New England Journal of Medicine*. July 29, 2004.
9. BLOOM, Harold: *Don Quijote alrededor del Mundo*. Instituto Cervantes. Gutemberg Círculo de Lectores. Barcelona, 2005.
10. CABRERA, Kenny: «La Ciencia y el Quijote, una mirada hacia la tecnología y la medicina en la época de Cervantes». *El País*, domingo 29 de mayo de 2005.
11. CANAVAGGIO, Jean; MEDINA, Encarnación; MORALES, Manuel; TORAL, Enrique: *Un Quijote y cien ediciones de locura*. Instituto de Estudios Giennenses. Ed. Soproargra, 2005.
12. CAVANILLAS DE BLAS, Antonio: *El prisionero de Argel*. Ed. Grijalbo, 2005.
13. CERVANTES, Miguel de: *Don Quijote de la Mancha*. Ed. Alfredo Ortell. Valencia, 1996.
14. EISENBERG, Daniel: *Cervantes y Don Quijote*. Montesinos, S.A. Biblioteca de Divulgación Temática, 1993.
15. El Quijote. [Http://www.cybertesis.el/tesis/uchile/1995/gonzalez_r/html/TH.1.html/](http://www.cybertesis.el/tesis/uchile/1995/gonzalez_r/html/TH.1.html/).
16. ESCUDERO, Javier: *¿Qué mató a Cervantes?*
17. Espasa Calpe. *Cervantes*, páginas 1350-1383.
18. Erasmo. Gabinete de filósofos. *Elogio de la locura*. www.relatocorto.com/erasmo.
19. FERNÁNDEZ ÁLVAREZ, Manuel: *Cervantes visto por un historiador*. Ed. Espasa Calpe, S.A., 2005.
20. GARCÍA TRAPIELLO, Andrés: *Miguel de Cervantes. Las vidas de Miguel de Cervantes*. Ed. Folio, S.A., 2004.
21. *Gran Enciclopedia del Mundo*. Ed. Durvan, S.A., 1962. Volumen 5.
22. HERNÁNDEZ MOREJÓN, Antonio: *Bellezas de la medicina práctica, en el Ingenioso Caballero don Quijote de la Mancha*. www.cervantgesvirtual.com/servet/.
23. I.E.S. Pérez de Ayala (Oviedo). *El Quijote y las matemáticas*. Educastar.princa.cast.es/.
24. *La blogoteca de Alonso Quijano. Lanza en Astillero*. [//blogotecaquijano.blogspot.com/](http://blogotecaquijano.blogspot.com/).
25. LAÍN ENTRALGO, Pedro: *Historia Universal de la Medicina*. Ed. Salvat.
26. LÓPEZ, Ángeles: *El sueño de Don Quijote*. Elmundo.es.salud.
27. MARTÍNEZ, Toti: «Parecidos Razonables. Don Quijote de la Mancha». *Las Provincias*.
28. MORA, Francisco: *¿Enferman las mariposas del alma?* Ed. Alianza. Madrid, 2004.
29. Noticias Médicas. *Estrategias terapéuticas. Enfermedad bipolar*. Faes.farma www.faes.es.
30. OSTERC, Lúdivik: *Cervantes y la Medicina*. UNAM. México.
31. PUERTO, Javier. *Cervantes y la Medicina de El Quijote*. El Médico interactivo. Diario Electrónico de la Sanidad. Humanismo Médico. www.elmedicointeractivo.com.
32. REVERTE COMA, José Manuel: *Antropología médica del Quijote*.

33. REYES CABRERA, Joaquín: Separata del Discurso de Ingreso en la Academia de Córdoba de Ciencias, Bellas Letras y Nobles Artes, 1992.
34. SALVADOR, Isabel: «Dibujantes y diseñadores gráficos dan su visión de los personajes del Quijote». La Cultura. *El País*, viernes 6 de mayo de 2005
35. SAPETTI, Adrián: *Alucinaciones auditivas virtuales*. www.sexovida.com/colegas/.
36. SDQ sal www.romanistik.uni-muenchen.de/.
37. SEVILLA ARROYO, F. *Miguel de Cervantes y Saavedra*. Enciclopedia Universal/micronet/1999.
38. SIMÓN TARRÉS, Antoni y col.: «Historia de España». *La España del Siglo XVII*. Vol. 6. Espasa.
39. SILLERO FERNÁNDEZ DE CAÑETE, José M.^a: *Seminario Médico*. I.E.G., año 2005, vol. 57, n.º 3.
40. SÓFOCLES. *Cervantes Saavedra, Miguel de*. <http://www.escenografía.cl/autores.htm>.
41. SPUNBERG, Alberto: *Miguel de Cervantes*. Grandes biografías. Ed. Rueda, J.M., S.A.
42. URIACH. *Publicación Médica*. Tercera época, 1987.
43. VIDAL, César: *Diccionario del Quijote*. Ed. Planeta, 2005.
44. WYRSCH-REICHARDT: *Psiquiatría general y especial*. Ed. Gredos, 1958.
45. YANSHENG, Don: «La Cultura». *El País*, domingo 11 de septiembre de 2005.